ELENA GARRO

Felipe Ángeles

Personajes:

GENERAL DIÉGUEZ

CORONEL BAUTISTA

SOLDADO SANDOVAL

SEÑORA REVILLA

SEÑORA SEIJAS

SEÑORA GALVÁN

GENERAL GAVIRA: AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO

GENERAL ACOSTA: FISCAL

GENERAL PERALDÍ

GENERAL GARCÍA

GENERAL ESCOBAR: PRESIDENTE DEL CONSEJO

ABOGADO GÓMEZ LUNA

ABOGADO LÓPEZ HERMOSA

GENERAL FELIPE ÁNGELES

SOLDADO FÉLIX SALAS

PADRE VALENCIA

UN CAPITÁN

CENTINELAS Y SOLDADOS

CAMARERO

ACTO I

La acción pasa en la ciudad de Chihuahua el día 26 de noviembre de 1919. Fachada del Teatro de los Héroes. La escalinata que va de la plaza al Teatro de los Héroes, debe ocupar el proscenio. Las grandes puertas del teatro están cerradas. Solo la puerta central ha quedado entreabierta y es guardada por varios centinelas. A través de las puertas de cristales, se ve el vestíbulo del teatro con candiles de cristal, muros tapizados de seda roja, espejos de marcos dorados y bancos laterales de terciopelo rojo. Al fondo del vestíbulo los cortinajes rojos ocultan la entrada a la sala de espectáculos.

Entran el General Diéguez y el Coronel Bautista. Vienen cubiertos de gruesos capotes militares de invierno. Diéguez se detiene en la escalinata y distraído empuja con el pie algunos restos de la nieve que ha caído la noche anterior. Son las siete de la mañana.

GENERAL DIÉGUEZ: Coronel, no me parece que el teatro ofrezca mucha seguridad.

El General muy preocupado, mira hacia las puertas de vidrio que dan acceso al teatro.

BAUTISTA: He hecho todo lo posible, y más, mi general.

GENERAL DIÉGUEZ: La llegada del prisionero va a provocar un motín…

BAUTISTA: Desde anoche las tropas de refuerzo están acuarteladas. Hoy al amanecer, los soldados barrieron a culatazos a la gente que quiso tomar el teatro por asalto, cuando ya en la sala no cabía ni un alma. Después limpiamos de revoltosos los alrededores y la tropa cerró las bocacalles.

GENERAL DIÉGUEZ: El hombre es contradictorio. Anoche al llegar a Chihuahua, me sorprendió la multitud hostil que se cerró a mí paso. Hasta pensé que no saldría con vida.

BAUTISTA: Esta es la ciudad de Francisco Villa y de aquí salió el General Felipe Ángeles a tomar Zacatecas. Eso no lo olvidan. Anoche lo esperaban a él, y verlo a usted los enojó, mi general.

GENERAL DIÉGUEZ: Es cierto, esperaban al tren del prisionero. El pueblo ya no se ve en nosotros, es como si hubiéramos caído detrás del espejo.

BAUTISTA: Después de tres años de destierro, Felipe Ángeles les ha vuelto a la memoria.

GENERAL DIÉGUEZ: Sí, y ahora vuelve seguido del rumor de sus batallas, escoltado por sus guerreros muertos y resucitados hoy, para entrar con él a Chihuahua. No se resignan a ver en el prisionero de hoy al héroe de ayer. ¡Y en México se empeñan en ignorar que este juego es peligroso!

BAUTISTA: ¿En México?… Allá se limitan a girar órdenes y a darse buena vida.

GENERAL DIÉGUEZ: Ven al mundo desde la lejanía del poder. Deberían estar aquí y ver mi mesa inundada de telegramas de Francia, de Estados Unidos, de Inglaterra. El mundo entero pide clemencia para Felipe Ángeles, el gran matemático, el gran estratega, el maestro; deberían ver también la ola de descontentos que avanza por la ciudad y que amenaza con tragarnos a todos.

BAUTISTA: Todo eso, mi general, me asegura que su sentencia de muerte es irrevocable, aunque parezca difícil matarlo, no queda otra.

GENERAL DIÉGUEZ: He pedido que el juicio sea rápido. ¡Al mal paso darle prisa! ¿Usted, Bautista, se da cuenta de que éste no será un fusilado cualquiera?

BAUTISTA: Sí… Pero, si usted se da cuenta de esos peligros, mi general, ¿por qué no acepta la suspensión del juicio concedida por la Justicia del Congreso de la Unión?

GENERAL DIÉGUEZ: ¿Está usted loco Bautista? ¿Cómo se atreve a aconsejarme que contravenga las órdenes expresas del Primer Jefe?

Entra Sandoval y al ver al general, se queda a una distancia respetuosa.

BAUTISTA: Entonces lo mejor es acabar cuanto antes.

GENERAL DIÉGUEZ: Muerto el perro se acabó la rabia.

Diéguez se vuelve a Sandoval.

GENERAL DIÉGUEZ: ¡A ver tú, Sandoval! ¿Cómo te sientes en tu uniforme nuevo?

SANDOVAL: *(Avanzando).* Ya ve, mi general, la suerte…

GENERAL DIÉGUEZ: ¡Qué suerte ni qué niño muerto! A mí no me vas a hacer creer la historia que contaste a los periódicos. Todos sabemos que si no fuera por el chaquetero de Félix Salas, no andarías tú vestido de oficial.

SANDOVAL: ¡Que ni qué, que está usted diciendo la verdad, mi general!

GENERAL DIÉGUEZ: Salas desertó de su General Ángeles, para entregarlo y ganar el dinero que ofreció el Primer Jefe por su captura.

SANDOVAL: ¡Así fue, mi general! Y muy honradamente, así me lo confesó cuando vino en busca de tropa para ir a aprehenderlo. Como yo estaba de Defensa Social del punto, a mí me tocó salir en su busca… Por eso le dije, mi general, que había yo tenido suerte.

BAUTISTA: ¿Y qué vas a hacer con los diez mil del águila que te van a pagar por tu buena suerte?

SANDOVAL: ¡Ah, qué mi coronel, el dinero es algo que nunca le sobra a un pobre!

GENERAL DIÉGUEZ: Si quieres cobrar tu dinero, tus declaraciones deben de ser útiles al Primer Jefe.

SANDOVAL: Mire, mi general, la verdad es que yo salí de noche en busca de los alzados, para que no se echara de ver mi paso. Así me acerqué al valle de los olivos donde Félix Salas me dijo que estaban acampados…

BAUTISTA: *(Interrumpiendo)*. ¿Y Salas se rajó? ¿No fue contigo?

SANDOVAL: Yo diría que sí… tal vez sentiría feo de ver que agarraban a su Jefe…

GENERAL DIÉGUEZ: O a lo mejor le dio miedo.

SANDOVAL: ¡A lo mejor! Contaba yo con llegar antes de rayar el día para agarrarlos dormidos. Usted sabe, mi general, que aunque no más eran cinco, era gente de peligro.

GENERAL DIÉGUEZ: ¡Caray! Eres muy prudente.

SANDOVAL: Pero no di con ellos hasta las once. Iba yo venteando, ya con cuidado a causa de la luz del sol, ¡cuando voy viendo un humito! Nos quedamos silencios. Desmonté a diez de mis hombres para que se acercaran a rastras y esperé en el chaparral, aguantando los latidos de mi corazón.

GENERAL DIÉGUEZ: ¿Y no había nadie más?

SANDOVAL: Nadie, más que los cerros y nosotros. Dice mi gente que alcanzó a ver a la mujer de Salas curando al difunto Muñoz, cuando éste gritó: ¡Ahí están ya!

GENERAL DIÉGUEZ: ¿Hicieron fuego sobre ustedes?

SANDOVAL: ¡Qué va, mi general! Al contrario, nosotros hicimos fuego sobre ellos y cayeron dos que no tenían las señas del General Ángeles, porque yo quería agarrarlo vivo.

GENERAL DIÉGUEZ: *(Disgustado).* ¿Y a ti quién te ordenó que lo agarraras vivo?

SANDOVAL: Nadie, pero me gustaba más traerlo vivo que muerto, mi general.

GENERAL DIÉGUEZ: A ver si no te cuestan caros tus gustos. ¿Qué pertrecho encontraron?

SANDOVAL: Casi nada, mi general. Unos 30-30 y unas chaparreras. Luego tuvimos la mala suerte de entrar a Parral con el prisionero en 20 de noviembre…

GENERAL DIÉGUEZ: *(Molesto)*. Las fechas son supersticiones.

SANDOVAL: No se crea, mi general, la gente se desencaminó mucho. Hubiera usted oído cuando gritaban… bueno, igualito que acá en Chihuahua.

GENERAL DIÉGUEZ: No te preocupes por lo que griten. Tú lo único que tienes que hacer es declarar que Ángeles y sus hombres hicieron fuego sobre ustedes. ¡No lo olvides, son órdenes superiores!

BAUTISTA: A ver si tienes cara en el juicio, cuando el mismo General Ángeles te desmienta.

GENERAL DIÉGUEZ: Después haremos las gestiones para que te paguen: ahora sube al teatro, ahí te dirán a donde deberás esperar.

SANDOVAL: *(Cuadrándose)*. ¡A sus órdenes, mi general!

Sandoval sube las escaleras, atraviesa la puerta central, cruza el vestíbulo y desaparece por las cortinas del fondo. Sale.

GENERAL DIÉGUEZ: *(Mirándolo alejarse)*. ¡Este cobarde de Sandoval debió matar a Ángeles! Muerto, nos hubiera evitado este juicio, este mecate, que todavía se nos puede enredar entre las patas.

BAUTISTA: No tema nada, mi general. Es el juicio de un muerto, mañana lo veremos tendido.

GENERAL DIÉGUEZ: A Salas, a estas horas no le debe llegar la camisa al cuerpo. ¡Conozco a los vendidos!

BAUTISTA: ¡De verdad que traidores hay de sobra!

GENERAL DIÉGUEZ: La traición nos ronda, nos aguarda a cualquier hora y en cualquier esquina. Y todos hemos ido terminando así y ninguno de nosotros tendrá un final distinto. Da lo mismo llamarse Zapata, Ángeles o Madero…

BAUTISTA: Si uno lo piensa da escalofrío… o miedo. ¿Verdad, mi general?

GENERAL DIÉGUEZ: ¿Miedo?… No, coronel, es la espera. No sabemos qué ni a quién, pero esperamos. Tal vez sólo esperamos al traidor…

BAUTISTA: No tema nada, mi general, yo soy su amigo, usted me ha encargado la seguridad del preso y no se escapará, porque para él ya llegó su última mañana. Después a ver cómo nos toca.

GENERAL DIÉGUEZ: *(Mirando su reloj de pulsera)*. ¡Las siete y cuarto! Los generales del juicio sumario no tardarán en llegar a Chihuahua. El tren del prisionero entra en la estación dentro de veinte minutos.

BAUTISTA: Me voy, mi general. A ver si cuando baje Ángeles del tren no se amotina la plebe en la estación. *(Se ríe).* ¡Mañana, mi general!, diremos otra vez: ¡Sobre el muerto las coronas!

Sale Bautista. Diéguez lo ve irse y se dispone a subir las gradas del teatro cuando entran por el lado opuesto del proscenio las señoras Revilla, Seijas y Galván.

SEÑORA REVILLA: ¿General Diéguez, lo hemos buscado toda la noche?

GENERAL DIÉGUEZ: *(A mitad de las gradas)*. Lo ignoraba, señora: nunca me hubiera privado de su presencia.

Diéguez baja las gradas y hace una reverencia a las señoras.

SEÑORA SEIJAS: Nos envían los comités Pro-Felipe Ángeles a pedir la vida de su prisionero.

GENERAL DIÉGUEZ: No es mi prisionero, señoras, sino el prisionero del Gobierno. ¿Son ustedes parientes del General Ángeles?

SEÑORA GALVÁN: No señor, la familia del General Ángeles está en el destierro, usted lo sabe, y el Gobierno no deja cruzar la frontera a su hermano.

GENERAL DIÉGUEZ: Perdón señora. Veo que vienen impulsadas por la piedad.

SEÑORA REVILLA: No, general, la justicia se parece poco a la piedad.

GENERAL DIÉGUEZ: Señora, me precio de ser hombre que conoce la justicia, ya que estoy encargado de impartirla.

SEÑORA GALVÁN ¿A organizar esta función de teatro le llama usted justicia, general?

SEÑORA SEIJAS: La confunde usted con el terror.

GENERAL DIÉGUEZ: A veces el rostro de la justicia es aterrador… pero, no es mi propósito discutir con señoras. ¿En qué puedo servirlas? No entiendo lo que me piden.

SEÑORA REVILLA: Pedimos un juicio legal. Tiempo, defensores, o bien la suspensión del juicio, ya que éste ha sido declarado ilegal por la Justicia de la Unión.

GENERAL DIÉGUEZ: No está en mis manos satisfacer sus deseos, señoras.

SEÑORA GALVÁN: Pero sí está en sus manos formar un tribunal compuesto por generales adictos al régimen.

SEÑORA SEIJAS: ¡Y esta prisa por anunciar la traición del General Ángeles! Se diría que están ustedes llenos de miedo.

GENERAL DIÉGUEZ: Vivimos en un tiempo que va más de prisa que nosotros, señora. El gobierno no puede gastar muchos días en el caso de un general traidor a la Revolución.

SEÑORA REVILLA: General, antes de afirmar que su prisionero es traidor, debe usted probarlo.

GENERAL DIÉGUEZ: ¿Pide usted pruebas? Las tendrá hoy mismo.

SEÑORA REVILLA: ¿El tribunal encargado de condenar a muerte a Felipe Ángeles me las va a dar?

GENERAL DIÉGUEZ: Es un tribunal formado por antiguos compañeros de armas del acusado.

SEÑORA SEIJAS: Amigos en el poder, dispuestos a conservarlo aun a costa de su honor.

GENERAL DIÉGUEZ: ¡Señora!… Hay hechos que usted olvida: la Revolución triunfó y ella es la única que puede absolver o condenar a sus enemigos.

SEÑORA REVILLA: ¿La Revolución? ¿Llama usted la Revolución a una camarilla de ambiciosos que están sacrificando a todos los que se oponen a sus intereses personales?

GENERAL DIÉGUEZ: *(Serio)*. Señora, yo no puedo ayudarlas. No comparto sus opiniones políticas Consulten con un abogado, el prisionero todavía no ha pedido defensores.

Por el lado izquierdo del proscenio entran poco a poco los generales del Consejo de Guerra. Ven a Diéguez acompañado de las señoras y permanecen alejados.

SEÑORA GALVÁN: ¿Preparar la defensa de un condenado a muerte? ¿Así, sin tiempo, en unas cuantas horas?

GENERAL DIÉGUEZ: Tengo entendido que la barra de abogados de Chihuahua forma parte de los Comités Pro-Felipe Ángeles. Ahí pueden encontrar a mejores consejeros que yo.

Diéguez mira en dirección de los generales y trata de separarse de las señoras.

SEÑORA SEIJAS: ¿Y nos concederá hablar con su prisionero?

GENERAL DIÉGUEZ: *(Mirando hacia los generales).* Cuantas veces lo juzguen necesario. El prisionero estará aquí antes de las ocho de la mañana. Me perdonan, pero debo atender a los señores generales del Consejo de Guerra. ¡A los pies de ustedes, señoras!

SEÑORA REVILLA: Gracias por su consejo, iremos a buscar abogados.

Diéguez se inclina ante ellas y luego se dirige hacia los generales.

Las tres señoras salen. Diéguez avanza y abraza a los generales: Gavira, Acosta, Peraldí, García y Escobar.

GENERAL DIÉGUEZ: *(A Gavira)* ¡General Gavira!

GAVIRA: *(Abrazándolo).* ¡No se quejará usted, aquí nos tiene a todos! Hemos hecho jornadas dobles, como en los buenos tiempos.

Se estrechan todos la mano.

GENERAL DIÉGUEZ: No me quejo, antes me maravilla su exactitud. Y aquí entre nosotros, temía por el General Escobar. *(Se ríe).*

PERALDÍ: También yo venía pensando en él. Para llegar aquí, había muchas piedras en su camino.

ESCOBAR: ¡Ni tantas! Los ejércitos se han desgranado como mazorcas de maíz. Ya ven ustedes, a un Ángeles, que mandó a miles, lo han cogido con dos o tres hombres en estos andurriales del norte.

GENERAL ACOSTA: Apenas puede creerse… yo no quería venir para no pegarme el chasco. *(Se ríe).*

GARCÍA: Lo agarraron como pajarito.

ESCOBAR: Eso es lo que no entiendo. Si estaba desterrado y su facción en la derrota, ¿a qué volvió a México?

GAVIRA: No creyó en su derrota. En Parral hasta se declaró Presidente de la República.

ESCOBAR: ¡No es verdad! Ángeles es demasiado inteligente para hacer tal disparate.

GAVIRA: General Escobar, me asombra que diga usted eso, Ángeles es sólo un disidente, como Francisco Villa y Emiliano Zapata.

PERALDÍ: No, General Gavira, no es el mismo caso, esos dos empezaron como bandidos y así han acabado. En cambio Ángeles es militar de carrera, hizo sus estudios en Francia. ¿No se acuerda de él? ¡Tan pulcro! ¡Tan callado! Se nos separaba después de las batallas y se iba a vagar solo…

GAVIRA: ¡Claro que me acuerdo de él, compañero! Nunca supe qué lo llevó a la Revolución; en cambio sí sé qué fue lo que lo hizo traicionarla.

GENERAL ACOSTA: No, General Gavira, Ángeles era sincero. A pesar de que es cierto, que siempre nos puso una distancia. Yo la sentía. No sé cómo el General Francisco Villa llegó a quererlo tanto…

PERALDÍ: Yo no creo que nos malquisiera, nada más era diferente. Tenía sus manías: antes de los combates se bañaba, porque creía que había que ir limpios a la muerte.

GAVIRA: *(Riéndose).* ¡Pues a ver, General Diéguez, váyale preparando su tinita y su loción!

GENERAL DIÉGUEZ*: (Serio).* No se dejen llevar por sus recuerdos. Para poder hacer justicia, hay que obrar como si nunca lo hubiéramos conocido.

GAVIRA: No, general, ¡hay que recordarlo todo! Ángeles fue siempre un ambicioso. Un militar postergado por el antiguo régimen, que creyó encontrar su oportunidad uniéndose a las filas revolucionarias. Eso lo descubrió el Primer Jefe desde el principio y lo inutilizó. Entonces se fue con Villa creyendo que iba a poder manejarlo contra el Primer Jefe. Él es uno de los causantes de la división entre los revolucionarios.

ESCOBAR: No nos hagamos tontos, General Gavira. La enemistad del Primer Jefe por Ángeles es un incidente personal, una cuestión de antipatía. La verdad es que Ángeles ganó todas las batallas y así se ganó la Revolución… Después nos dividimos…

GENERAL ACOSTA: Durante la Convención buscó la alianza con Zapata…

GARCÍA: ¿Y qué? Zapata era un revolucionario y todos fuimos convencionistas.

GAVIRA: Dejemos ese punto aparte, General García. La actitud levantisca de Ángeles no data de la Convención, sino que viene de más lejos. ¿Ya no recuerdan que antes de la batalla de Zacatecas se enfrentó con el Primer Jefe, con el pretexto de que el pueblo no necesitaba caudillos sino ciudadanos?

ESCOBAR: Sí, general, pero él ganó la batalla y con ella ganó la Revolución.

GAVIRA: ¡General Escobar, no están en discusión los méritos guerreros de Ángeles, sino su conducta política!

GENERAL ACOSTA: ¡No se exalten, compañeros!… ¿No sería más prudente continuar la discusión más adelante?

GENERAL DIÉGUEZ: *(Con aire solemne)*. Tiene razón el compañero Acosta. No es hora de discutir. El General Juan Barragán, Ministro de Guerra, me ordenó que los llamara a todos ustedes para que, reunidos en Consejo Extraordinario, juzgaran al General Felipe Ángeles, culpable del delito de rebelión militar. Y ustedes saben señores, el rigor con que castiga la ley de nuestra profesión a un oficial de alta graduación, que se rebela contra las instituciones públicas y olvida el honor jurado. *(Cambiando de tono).* Siento tener que hablarles en esos términos, pero he recibido instrucciones concretas de México.

ESCOBAR: *(Señalando el teatro).* Ahora me explico por qué vamos a juzgarlo en un teatro.

GENERAL DIÉGUEZ: *(Serio).* ¿Qué quiere usted decir, general?

ESCOBAR: ¡Nada! Que a mí me cuesta trabajo aprenderme los papeles de memoria.

GAVIRA: ¡Rechazo las insinuaciones del compañero Escobar!

GENERAL DIÉGUEZ: Por supuesto que están ustedes en absoluta libertad para juzgar al reo y serán la ley y sus conciencias las que decidan su suerte, que desde luego ahora queda en sus manos.

GENERAL ACOSTA: ¿Ese es el camino a seguir?

ESCOBAR: ¡De verdad que esto es un entierro! Compañeros, nos han reunido aquí para dar fe de su cadáver.

PERALDÍ: ¡Caray, a mí me duele condenar a muerte al General Ángeles! Y más en el nombre de la disciplina militar. ¡Ha sido un general tan brillante!

ESCOBAR: Si hubiéramos pensado en la disciplina militar, jamás hubiéramos tomado las armas.

GAVIRA: Era diferente. En ese tiempo nos alzamos contra la usurpación y además nos jugábamos la cabeza.

ESCOBAR: Felipe Ángeles también se la jugó entonces.

GENERAL DIÉGUEZ: Y se la juega ahora, pero contra la Revolución. Usted, General Escobar, se empeña en no ver el aspecto político del caso. Ángeles lucharía contra su sombra, si su sombra tomara el mando. No odia a Carranza, odia al Jefe. No entiende a su pueblo, ni entiende a su momento. Esta hora es hora de caudillos, a cuya sombra se cobijan los demás, los débiles o los que han renunciado al pensamiento. A estos les gusta descansar en el fuerte. ¡Y Ángeles, el iluso, cree que hay que acabar con los jefes! No se da cuenta de que para acabar con los jefes es necesario un jefe que los mate a todos.

ESCOBAR: Sí, hasta que venga otro jefe y lo mate a él. ¡Ya me convenció General Diéguez!, pero confieso que no hicimos la Revolución para esto. *(Escobar sube las gradas de la escalinata).* ¡Vamos a ocupar nuestros sitios, señores! ¡Este es un juego con un final de sangre, y hay que jugarlo aunque sepamos que la muerte es el único premio de esta lotería! ¡Ojalá, General Diéguez, que no tenga yo que asistir a su función teatral!

Los centinelas abren de par en par las puertas centrales de cristal del vestíbulo. Antes de cruzarlas, Escobar se vuelve a Diéguez y se ríe. El General García le sigue de muy cerca.

GENERAL DIÉGUEZ: *(En voz muy alta).* ¡Falta mucho para ese estreno, General Escobar!

GARCÍA: *(A Diéguez, en voz muy alta y desde arriba de las gradas).* ¡Avíseme para apartar mi palco!

Escobar y García entran al vestíbulo del teatro y conversan animadamente.

GENERAL ACOSTA: ¿Qué me dice usted, compañero Peraldí? ¿Usted que se tocaba tanto el corazón?

PERALDÍ: *(Tomando a Acosta por el brazo y empezando a subir las gradas)*. Que a veces los recuerdos nos traicionan… y que a veces no entiendo en qué hemos convertido a la Revolución.

Acosta y Peraldí entran al vestíbulo del teatro, Escobar y García se dirigen hacia las cortinas del fondo del vestíbulo, las cruzan y desaparecen.

GENERAL DIÉGUEZ: Lo felicito, Gavira, los convenció a todos, usted debió haber sido licenciado.

GAVIRA: Usted fue el que los amansó. ¡Ya ve que hasta Escobar se dobló!

GENERAL DIÉGUEZ: ¿Escobar? No estoy seguro, general… y a decir verdad, no estoy seguro de haber convencido a ninguno… pero, le aseguro que va a ser difícil que Escobar asista a mi Consejo de Guerra: en cambio a él no se la fío muy larga.

GAVIRA: ¡Con qué humor lúgubre se levantó hoy, compañero!

GENERAL DIÉGUEZ: En días como éste no tengo otro mejor. Hay que matar pronto a Ángeles… El teatro está repleto de partidarios suyos y ya verá usted como se pone cuando él hable. El juicio es ilegal, ha sido suspendido por un Juez y el Primer Jefe insiste en matar con el código en la mano. ¿No se dará cuenta de que no engaña a nadie? Hubiera sido mejor matarlo en el campo y decir que había muerto en una escaramuza. Pero quiso darse el gusto de matarlo en el nombre de la ley y de la Revolución, como si quisiera matarlo totalmente, y nada más está enseñando demasiado el juego.

GAVIRA: Cuando la carta es buena hay que enseñarla. ¡Tenemos un as en la mano! ¡Matarlo en el campo era desaprovecharla! Debemos hacer una demostración de fuerza delante de los sentimentales y de los ilusos, como decía usted, general.

GENERAL DIÉGUEZ: Pero ¿no comprende, general, que el crimen de matar a Ángeles justificará muchos asesinatos en el futuro? El mío, el de usted, el de Carranza… y mientras tanto la opinión mundial y el país entero piden clemencia. Y no hay respuesta. El Primer Jefe no responde.

GAVIRA: Ni responderá. Hay que amansar a muchos todavía. Y verá usted que en el futuro, nadie discutirá la razón que le asistió.

GENERAL DIÉGUEZ: Se equivoca, Gavira. Esta muerte no quedará clara; porque Ángeles es un revolucionario y todavía no está claro si fuimos nosotros o ellos los disidentes. Nosotros abandonamos a la Convención que era el poder supremo al que habíamos jurado defender. Gavira: Compañero, ¿quería usted que nos quedáramos en manos de Villa y de Zapata? Además, hicimos la Constitución. ¿O pone usted en duda la legalidad del régimen constitucional?

GENERAL DIÉGUEZ: Yo no pongo en duda nada. Me pregunto por las consecuencias de este acto.

GAVIRA: Nosotros ganamos la partida. Los vencidos nunca tienen razón. La historia está con nosotros.

GENERAL DIÉGUEZ: La historia es una puta, general. No hay que fiarse de ella. Y este muerto es muy grande, no vamos a tener bastante tierra para cubrirlo.

GAVIRA: No lo entiendo, General Diéguez.

GENERAL DIÉGUEZ: Tampoco yo me entiendo. ¿Usted cree que Ángeles entiende algo? Aunque quizá todo se vuelve claro para los que van a morir.

GAVIRA: Y a propósito, todavía no me dice usted dónde se encuentra el prisionero.

GENERAL DIÉGUEZ: La escolta que viene con él no debe tardar en llegar

GAVIRA: ¿Y todo está preparado?

GENERAL DIÉGUEZ: ¡Todo! Tenemos listos testigos y testimonios. El juicio debe de ser rapidísimo.

GAVIRA: *(Tomándolo del brazo).* Entonces, vamos a entrar. Nos espera un día de trabajo.

GENERAL DIÉGUEZ: *(Deteniéndose).* Yo no pienso asistir al juicio. Estaré en mi despacho por si algo se les ofrece. Me daré una vuelta más tarde. Adentro están las pruebas y los testigos.

GAVIRA: *(Asombrado).* ¿Se me va?

GENERAL DIÉGUEZ: Sí, General Gavira.

Diéguez se coloca el kepí y serio saluda al General Gavira y sale con decisión. Gavira asombrado lo ve irse, luego sube las gradas, cruza el vestíbulo y desaparece detrás de las cortinas del fondo. Por el lado izquierdo del proscenio entran las señoras Revilla, Seijas y Galván. Las acompañan los abogados Gómez Luna y López Hermosa.

SEÑORA REVILLA: Vamos a esperar aquí, abogados. El General Diéguez me aseguró que podríamos hablar con el prisionero antes de que entrara al teatro.

SEÑORA GALVÁN: ¡El aire frío se me ha metido en los huesos!

SEÑORA SEIJAS: ¡Mi pobre General Ángeles! ¿Cómo vendrá con este frío? El viaje lo hizo en un vagón de carga. La noche se le habrá hecho eterna.

GÓMEZ LUNA: Ya debería estar aquí.

LÓPEZ HERMOSA: Son capaces de hacerlo entrar al teatro por alguna puertecilla de salida de actores, No creo que lo dejen comunicarse con nosotros.

SEÑORA REVILLA: Si, estos ambiciosos son capaces de todo, con tal de asesinarlo rápidamente.

SEÑORA SEIJAS: Su coche venía muy despacio por el paseo Bolívar. Alcancé a ver sus ojos detrás de los cristales del coche. ¿Los vieron? ¿Vieron los ojos de las gentes en las aceras, esperando como nosotros?

SEÑORA GALVÁN: Yo no pude ver nada… no quise

GÓMEZ LUNA: No hay que desesperar. Haremos que de esta farsa surja la verdad y el Gobierno tendrá que retroceder.

LÓPEZ HERMOSA: No podemos aceptar que la Revolución se haya convertido en la voluntad homicida de un ambicioso.

SEÑORA SEIJAS: ¡La gente se arremolina!

Se oyen gritos de ¡Viva el General Ángeles! Que vienen de las calles adyacentes. Rumores de que la multitud trata de desbordar a la valla de soldados que la contiene. Entra Felipe Ángeles escoltado por soldados y por el Coronel Bautista. Viste una camisa vieja y unos pantalones viejos de mezclilla desteñida. Calza unos zapatos de tenis muy gastados. Lleva dos libros bajo el brazo Es moreno, delgado y alto. Las señoras y los abogados avanzan a su encuentro.

SEÑORA REVILLA: General Ángeles, me voy a presentar: Soy la Señora Revilla y vengo con las señoras Seijas y Galván, enviadas por los comités Pro-Felipe Ángeles, para ayudarlo en su defensa.

ÁNGELES: *(Haciendo una reverencia a las señoras).* Queridas señoras.

SEÑORA REVILLA: Los abogados Gómez Luna y López Hermosa, de la barra de abogados de Chihuahua.

Felipe Ángeles estrecha las manos de los abogados.

GÓMEZ LUNA: Es un honor, General Ángeles.

LÓPEZ HERMOSA: General Ángeles, soy su servidor.

ÁNGELES: No sé cómo agradecer tantas bondades. En momentos así descubre uno cuánta gente buena hay en el mundo.

SEÑORA SEIJAS: ¡Verlo así, general, rodeado por una escolta, como un delincuente!

GÓMEZ LUNA: De manera muy distinta lo había recibido a usted Chihuahua.

SEÑORA GALVÁN: (*A la escolta)*. ¡Esbirros! ¿No les da vergüenza hacerle esto al vencedor de la Revolución?

SEÑORA REVILLA: Pero ya ve usted, general, que Chihuahua entera ha salido a su encuentro, sólo que ahora todos estamos tristes, no es como antes.

ÁNGELES: Aquellos eran los días de la libertad.

SEÑORA SEIJAS: ¡Con este frío y no tiene usted ni siquiera una guerrera!

BAUTISTA: Pueden subir al teatro, allí está más recogido, siquiera no sopla el viento.

ÁNGELES: Aunque ya me estoy haciendo viejo, todavía el frío no me pega. El aire de la sierra de Chihuahua curte. Ya me hacía falta después de los años de destierro. Se pierde la costumbre de la vida a campo raso. (*Se ríe*).

SEÑORA SEIJAS: ¡Me muero de frío!

ÁNGELES: ¡Vamos, vamos adentro!

Ángeles, Bautista, los abogados y las señoras, suben las gradas y entran al vestíbulo del Teatro de los Héroes.

SEÑORA REVILLA: Le tengo noticias de su familia, general. Su hijo Alberto hace gestiones desde Nueva York y su hija Isabel ha enviado un telegrama a la hija de Carranza, que desgraciadamente ha quedado sin respuesta.

ÁNGELES: ¡Pobres niños…!

LÓPEZ HERMOSA: No contestará, tiene la mudez del ídolo.

SEÑORA SEIJAS: Su hermano está tratando de cruzar la frontera, viene con los abogados.

ÁNGELES: No los dejarán pasar.

GÓMEZ LUNA: General, aquí en la ciudad, somos muchos los abogados que queremos defenderlo.

ÁNGELES: Señor Gómez Luna, no creo que mi problema sea un problema de abogados, sino el de un destino ya determinado.

GÓMEZ LUNA: ¡General, su caso es un caso de justicia! ¿Para qué servimos los abogados, sino para defender a los inocentes?

ÁNGELES: Yo, abogado, creo que todos somos inocentes y todos somos culpables. Es decir, que vamos empujados por un mismo destino que entre todos hemos convocado.

BAUTISTA: (*Interviniendo).* Solo que unos son los ganadores y otros los que pierden.

ÁNGELES: No, coronel, aquí no hay ganadores. Aquí todos hemos perdido por parejo.

BAUTISTA: ¡Hum…! Aunque ahora que lo traía yo por esas calles con tanta gente… no sé… no me parecía llevar a un perdedor. Tal vez tiene usted razón, general.

ÁNGELES: ¿Ve, coronel? ¿Ve cómo todo se ha vuelto ambiguo? El triunfo, la derrota, y es que no era éste el triunfo que esperábamos.

GÓMEZ LUNA: El pueblo sabe que usted es inocente, general, y cree en usted. Por eso ha salido a recibirlo como a un triunfador.

LÓPEZ HERMOSA: Para nosotros salvar su vida es un deber, general. Sabemos cómo el pueblo de Chihuahua, que no hay delito que perseguir, y que sólo se trata de una venganza personal. Carranza no le perdona su carrera, su limpieza y su prestigio. Usted representa un enemigo demasiado brillante además un enemigo al que no le interesa el poder personal. El en cambio sólo persigue erigirse en tirano.

ÁNGELES: Por eso debo morir mañana al amanecer, entre las cinco y las siete de la mañana y nada podrá salvarme… Y lo que es más triste es que mi muerte no cambiará la suerte de mi pueblo.

SEÑORA REVILLA: Entonces, ¿no cree en nosotros? ¿No cree en nuestra defensa, general?

ÁNGELES: En ustedes es en lo único que creo, señora, y por ustedes volví a México, pero sé que todo lo que hacen por mí es inútil. Ni siquiera este Consejo de Guerra, si me fuera favorable, podría cambiar mi suerte. Y si el mundo entero pidiera mi vida, también sería ejecutado. Así lo ha resuelto un hombre sentado en el principio de la infalibilidad del poder personal. Contra ese principio combatimos todos con las armas en la mano y ahora reaparece en un hombre nuevo, que no va a permitir que se le combata ni con las armas, ni con la palabra. La sangre está todavía muy fresca, la memoria intacta y el origen del poder, dudoso.

GÓMEZ LUNA: No sea pesimista, general. No olvide que Carranza se juega todas sus cartas sucias a la palabra legalidad. Ahora quiere asesinarlo con el simulacro de la legalidad. Para eso ha organizado este juicio en lugar de ordenar el crimen en un paraje obscuro.

ÁNGELES: Carranza equivoca las palabras para disfrazar los hechos, por eso es peligroso. Nunca ha estado dispuesto a asumir el origen secreto y verdadero de sus actos, es decir la verdad. Y en este caso la verdad es que uno de nosotros dos debe morir, porque somos incompatibles, aunque la muerte de cualquiera de nosotros dos signifique el naufragio

de los principios por los cuales peleó el pueblo. Miente para ocultar que él y yo no peleamos por los mismos principios y que somos antagónicos. El cree que la revolución es un medio para alcanzar el poder absoluto y yo creí que era un medio para exterminarlo. Hay destinos paralelos, abogado, el de los adversarios, el de los héroes, el de los amantes, el del criminal y la víctima, y su relación es tan íntima, que a veces escapa hasta a los mismos protagonistas.

SEÑORA REVILLA: Su sangre ahogaría a Carranza, general.

ÁNGELES: Tal vez es mi sangre la que necesita Carranza para ahogarse. Tal vez desde el primer día así lo vimos los dos. Somos dos principios frente a frente y si uno de ellos es asesinado ahora, el otro lo será, automáticamente. El arma de la tiranía dispara por la boca y por la culata. No se puede arrancar a los demás un privilegio, sin perderlo uno mismo; ni se puede privar a los demás de la libertad, sin perderla uno mismo ni se puede impartir el terror, sin estar poseído por el terror. Tampoco se puede matar sin entrar en el terreno del crimen y armar la mano del que después nos va a asesinar. Cometer crímenes desde el poder es abrir la era de los asesinos, por eso ahora al cruzar las calles de esta ciudad, un tumulto de hombres y de rostros caídos en combate o ante los pelotones de fusilamiento me seguían diciéndome: «nada ni nadie impedirá tu muerte, Felipe Ángeles, porque el principio que alimentaba tu vida ha muerto…quizás el destino de las revoluciones…».

GÓMEZ LUNA: La ley no acepta la fatalidad, general. La ley tiene la facultad de salvar a un hombre de una muerte injusta.

ÁNGELES: La muerte de un hombre, abogado, es algo determinado desde antes de su nacimiento.

LÓPEZ HERMOSA: No acepto sus razones para morir, general.

ÁNGELES: Los destinos secretos de la muerte nadie los conoce. Además, la muerte es el único privilegio privado que acepto… cada uno muere de su propia muerte. *(Ángeles se ríe).*

SEÑORA SEIJAS: No digo eso, general.

ÁNGELES*: (Serio).* No quiero que nadie se aflija por mí, señora. Yo soy el que debe llorar por todo lo que no hice por ustedes cuando pude hacerlo. Muchas veces vi morir a mis hombres, ¡pobres soldados del pueblo, que con las piernas temblorosas avanzaban hacia la muerte…! Y no lloré por ellos a pesar de pedírmelo mi corazón porque creía que se debía morir por algo superior a nosotros. Y ahora, aunque a mí también me flaquean las piernas, debo morir como mis hombres, a pesar de que muero por algo inferior a lo que ellos murieron… gracias a mis errores.

GÓMEZ LUNA: Usted, general, no tiene la culpa del fracaso de la Revolución. Los ideales son maleables, dependen de las manos de quienes los manejan. Después de todo las ideas se traducen en palabras y las palabras se aplican a veces a realidades que no corresponden a ellas, para ocultar las verdades. Eso es lo que sucede ahora, general, se han invertido los valores por los que usted peleó, mientras se sigue usando el mismo lenguaje por el que usted peleó. Nosotros lo sabemos y estamos con usted.

LÓPEZ HERMOSA: Y nosotros vamos a pelear por su vida, aunque esta sea la última batalla que demos.

ÁNGELES: Ahora ya todo es igual, abogado, la batalla la perdimos. Esta ciudad, la más leal a Madero, lo sabe. Por eso sus calles me veían pasar con tristeza: « ¿Y en esto acabó todo, General Ángeles?», me decían.

GÓMEZ LUNA: Entre todos podemos encontrar una respuesta diferente, para eso estamos aquí.

ÁNGELES: ¡Ah!, ¡si pudiera empezar de nuevo! ¡Volver a aquel 20 de noviembre! Tal vez encontraría un final diferente. Pero quizá es mejor así. Quizá ningún triunfo es fecundo y sólo la derrota está libre de compromisos, no hay con quien pactar, ni siquiera con uno mismo. Necesitaríamos sangre otra vez para lavar a las palabras manchadas por los traidores y hacer que floreciera la verdad… pero tal vez toda revolución está condenada a una mentira final: la del que queda con el triunfo en la mano, porque ése antes ya recorrió el largo camino de la intriga y el crimen, y miente para ocultar que sus fines son personales y sus intereses opuestos a la Revolución. Eso, abogado, es inconfesable, y cada vez que alguien se lo recuerde, se verá obligado a asesinarlo. ¿No ve, abogado, que un revolucionario en el poder es una contradicción? ¿Y qué asesinar a los revolucionarios en el nombre de la Revolución es una consecuencia de una misma contradicción?

LÓPEZ HERMOSA: Eso lo debemos probar ante el Consejo de Guerra.

ÁNGELES: Los miembros del Consejo lo saben mejor que nosotros, y como lo saben se sienten en peligro. Muchos de ellos desfilaron pronto ante un pelotón de fusilamiento. Déjelos ahora, que se embriaguen con palabras que han perdido su sentido y que van a emplear ahora para matarme. Ellos saben el peligro de usar un lenguaje determinado para situaciones cambiantes: las palabras se convierten en armas, que se vuelven contra nosotros mismos. Y más tarde el pueblo, hasta que lleguen a significar exactamente lo contrario de lo que significaron en su origen, y el Estado se convierta en un monolito enemigo, que asesina a todo aquello que se opone a su poder.

GÓMEZ LUNA: Si usted hubiera tomado el poder, no estaríamos ahora metidos en esta maquinaria infernal.

ÁNGELES: ¡No lo sé! Al poder hay que llegar puro, como llegó Madero, o no hay que llegar. Por eso la Convención pidió elecciones libres y exigía a un civil, pero los cañonazos de cincuenta mil pesos hicieron un efecto más mortífero que los cañonazos de Zacatecas… ¡Y pensar que todo pudo ser hermoso!

Se produce un silencio.

SEÑORA REVILLA: Prométanos, general, que va a pelear por su vida. O cuando menos concédanos que la peleemos nosotros.

ÁNGELES: *(Sonriendo).* Señora, yo no he hecho en mi vida otra cosa que pelear. Le prometo seguirlo haciendo hasta que muera. Usted, abogado, ayúdeme a dar esta batalla inútil. *(A Bautista).* Coronel, estoy a su disposición.

Felipe Ángeles se inclina y besa la mano de las señoras Seijas y Galván, se detiene unos instantes frente a la Señora Revilla y luego le besa la mano con respeto.

SEÑORA REVILLA: Yo estaré en el teatro. Yo, como la ciudad, me veo en usted y su muerte y su vida son las mías. De aquí en adelante nada nos separará, ni las acusaciones, ni las balas.

Felipe Ángeles suelta dulcemente la mano de la Señora Revilla, la mira con tristeza, se vuelve a Bautista, luego a Gómez Luna y a López Hermosa.

ÁNGELES: ¡Señores, estoy a sus órdenes!

GÓMEZ LUNA: Apenas si tenemos tiempo.

Ángeles, Bautista, Gómez Luna y López Hermosa, se dirigen al fondo del vestíbulo mientras cae suavemente el telón.

Telón.

ACTO II

Foro del Teatro de los Héroes. Las cortinas rojas del fondo del Vestíbulo están descorridas y muestran el foro. Es el final del Juicio Sumario de Felipe Ángeles. El C. Juez Instructor Militar; el Secretario; los Vocales y el Agente del Ministerio público, están sentados ante una gran mesa cubierta de papeles. Felipe Ángeles ocupa el banquillo de los acusados. En un ángulo opuesto está el Abogado López Hermosa, ayudante del Abogado Gómez Luna. El Agente del Ministerio Público se pone de pie.

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: Ha dicho el abogado defensor, que no hay ningún dato en el proceso que acredite los elementos constitutivos de la acusación. Dice también que unas cuantas horas no bastan para efectuar un proceso de esta naturaleza. Y yo digo que ni dos o tres meses bastarían. ¡Y le contesto que por tratarse justamente de un Consejo de Guerra extraordinario debe terminarse inmediatamente! Hay elementos bastantes para juzgar como comprobado el cuerpo del delito de rebelión y la responsabilidad criminal del acusado. La comprobación de los delitos de rebelión y deserción están constituidos por hechos que tienden al objeto que señala el artículo 133 de la Ley Penal Militar. Este artículo exige en primer lugar el carácter militar del acusado, que está perfectamente comprobado en autos. Todos sabemos que el acusado llegó a ser hasta Subsecretario de Guerra en la época Pre-constitucional! Ahora bien, todos sus actos han demostrado desde hace mucho tiempo, que se encontraba sustraído a la obediencia de las fuerzas del señor Carranza. ¿No es prueba bastante de rebelión el hecho de no haberse internado en la zona ocupada por las fuerzas carrancistas por temor a ser aprehendido y el hecho de haber acompañado a las fuerzas de Villa? Ángeles se nos quiere presentar en esta audiencia, como un propagador de la unión y la fraternidad, y

nos oculta que ha traído armas, se ha puesto chaparreras y ha peleado contra las fuerzas de Carranza. Su rebelión quedó demostrada cuando él mismo llamó problemas a las preguntas que se le hicieron. Su rebelión quedó demostrada, con esa falta de voluntad para contestar, en lugar de presentar su alma desnuda ante el pueblo y ante los que tienen poder para juzgarlo. Esta indiferente actitud indica dos cosas: que no es un militar pundonoroso y el ánimo con el que se internó en la República. En esta audiencia se le deslizaron varias veces expresiones como ésta: «que había que tratar con clemencia al enemigo». ¿Cuál enemigo? Todos estos elementos a los que me he referido en desorden por el calor de la improvisación, hacen prueba plena de los delitos que le imputo. Al ser interrogado, Ángeles ha dicho que no fue rebelde ni hostil al Gobierno. De acuerdo con la regla: animuspreconsumiturs quealem facta demostrant, todos estos hechos señalan el ánimo necesario para que sea juzgado por rebelión. El ciudadano defensor espera que este Honorable Consejo absuelva al acusado, ya que dice que hasta los aplausos del público demuestran la inocencia de Ángeles. Pero, yo debo advertir que los aplausos se deben a las tendencias socialistas del público y del acusado, ya que cuando éste dijo: «mientras el pobre trabaja el rico come» fue cuando los aplausos fueron más nutridos. En fin, no trataré puntos que carecen de importancia, para no alargar este Consejo. El pero sólo, que este Consejo de Guerra, dada la trascendencia de estos momentos, no sea víctima de un espíritu de clemencia que podría ser de consecuencias funestas. Espero pues una resolución enérgica, en bien de la patria, del pueblo y de la paz pública.

LÓPEZ HERMOSA: Los testigos que han depuesto en el proceso, en virtud de haber sido amnistiados por el mayor y ahora Teniente coronel Gabino Sandoval, han sido parciales y sus declaraciones están llenas de divergencias. No sé cómo el señor Agente del Ministerio Público, puede afirmar con todo aplomo, que depusieron uniformemente, aunque acepta que, el acusado, Señor Ángeles, con la astucia que le caracteriza logró torcer sus declaraciones. Da pena, es verdaderamente lamentable, como si la situación en

que se encuentra el Señor Ángeles, no fuera ya de por sí terrible, para que todavía venga el señor Agente del Ministerio Público a agravarla aún más, pintando al acusado con los colores más negros, haciéndole pasar casi como a un demonio. Es muy fácil hacer pasar los actos puros y nobles como inspirados por la perversidad. No, señor Agente del Ministerio Público, ni la condición moral del Señor Ángeles, ni sus antecedentes gloriosos, ni su pasado limpio de toda mancha, ni la condición tristísima en que se encuentra hoy, hacen presumir, no ya probar que el acusado sea capaz de cometer el acto delictuoso que usted le imputa. Todos sabemos que vino a México a propagar ideas de fraternidad. Y pido un último careo entre él y Gabino Sandoval, ya que el anterior lo considero como un no careo, pues al acusado no se le concedió la palabra una sola vez.

Aplausos en la sala.

LÓPEZ HERMOSA: Así como un nuevo careo con Félix Salas.

Aplausos en la sala.

LÓPEZ HERMOSA: El pueblo lo pide conmigo.

Aplausos en la sala.

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: El licenciado López Hermosa ha dicho que no soy honrado, por citar la confesión del acusado respecto al enemigo. Me permito suplicar

al señor Presidente del Consejo, se sirva decir al señor López Hermosa, que se sirva retirar esas palabras, porque no está en lo justo al hacer tal apreciación sobre mi persona.

LÓPEZ HERMOSA: Disculpe el señor Agente del Ministerio Público, ya que no eran mis intenciones lastimarlo, y en obsequio a su deseo retiro las palabras que le hirieron.

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: Queda borrada la mala impresión.

PRESIDENTE DEL CONSEJO: Se da por terminado el incidente.

LÓPEZ HERMOSA: Insisto en la nueva presencia de los testigos.

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: Que comparezcan los testigos que todavía están en el recinto, puesto que la mayoría de ellos hace ya mucho rato que abandonaron el lugar.

Entra Sandoval.

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: ¿.Conoce usted al acusado?

SANDOVAL: Sí es el General Felipe Ángeles

Del público surgen gritos, silbidos, insultos.

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Silencio, o haré evacuar la sala! (*La gritería aumenta. Sandoval baja los ojos*).

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: ¡Silencio! ¡Silencio…! *(La gritería se calma un poco, hasta que se hace el silencio).*

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: Su nombre y grado militar.

SANDOVAL: Gabino Sandoval, teniente coronel de las defensas Sociales de Chihuahua.

FISCAL: ¿Conoce usted al acusado?

SANDOVAL: Sí, es el General Felipe Ángeles.

FISCAL: Diga en qué circunstancias lo conoció.

SANDOVAL: El día que lo aprehendí.

FISCAL: Explique usted cómo y en qué batalla lo tomó prisionero. No se deje impresionar por el acusado.

SANDOVAL: Cuando llegué al Valle de los Olivos con mi gente, los soldados del General Ángeles me recibieron con un fuego nutrido. Así se inició la batalla en la que las dos partes tuvimos Bajas… después en el momento en que iba a caer prisionero sacó la pistola para dispararme, sus hombres trataron de propiciarle la huida y así fue como lo conocí…

Ángeles levanta la cabeza y mira asombrado al testigo.

ÁNGELES: ¿Puedo hacer una pregunta al testigo?

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: Cuando el testigo termine su relación. Prosiga usted Sandoval.

SANDOVAL: Si el General Ángeles no hubiera caído prisionero, nunca lo hubiera conocido.

LÓPEZ HERMOSA: Mi cliente desea hacer una pregunta. Después de todo es un careo.

PRESIDENTE DEL CONSEJO: Concedida.

ÁNGELES: ¿Cuánto tiempo duró la batalla, Sandoval?

SANDOVAL: *(Con los ojos bajos).* Una buena mitad de la mañana…

ÁNGELES: ¿Cuántas bajas sufrió usted Sandoval?

SANDOVAL: ¡Ninguna!

ÁNGELES: En el Valle de los Olivos no éramos más que cinco personas. Cuando usted llegó estábamos curando a Muñoz, que se había lastimado un pie y nadie hizo fuego sobre usted.

SANDOVAL: Nadie, mi general…

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: Se suplica al reo, que no trate de confundir al testigo con argucias, ya que éste es un hombre de clase inferior y carente de toda cultura y por lo tanto fácil de intimidar.

ÁNGELES: No lo intimido, simplemente le recuerdo que yo no estaba armado.

SANDOVAL: *(Con los ojos bajos).* Muy cierto, no estaba armado…

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: ¿Qué dice usted…? Le suplico que no se deje impresionar por la personalidad del acusado.

Sandoval guarda silencio.

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: ¡Retírese usted, Sandoval! *(La sala se llena de aplausos y de vivas a al General Felipe Ángeles).*

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: ¡Silencio! ¡Silencio…! ¡Que pase el testigo Félix Salas! *(Entra Félix Salas y una lluvia de gritos e insultos acoge su aparición).*

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: Félix Salas, ¿conoce usted al acusado?

FÉLIX SALAS: Sí, lo conozco muy bien y desde hace ya tiempo.

FISCAL: ¿En qué circunstancias conoció usted al acusado?

FÉLIX SALAS: Cuando era yo soldado del ejército gobiernista, mi tropa entró en combate con las fuerzas rebeldes y yo caí prisionero en Camargo. Así lo conocí.

FISCAL: Aclare usted exactamente de quién cayó prisionero.

FÉLIX SALAS: De los villistas.

FISCAL: ¿Y entre los villistas se encontraba Felipe Ángeles?

FÉLIX SALAS: Sí, fue precisamente él quien me salvó de ser fusilado.

FISCAL: Entonces ¿quedó usted como prisionero?

FÉLIX SALAS: No, porque el General Ángeles me salvó la vida para que entrara de soldado en el ejército rebelde. Los villistas andaban cortos de hombres y no fusilaban a los prisioneros, para que entráramos en el ejército de los levantados.

FISCAL: Entonces después de un combate, usted cayó prisionero de las fuerzas rebeldes y el General Felipe Ángeles le salvó la vida a condición de que usted combatiera en las filas rebeldes al Gobierno de México.

FÉLIX SALAS: ¡Tal como usted lo dice, mi general!

ÁNGELES: Me permito repetir que no tomé parte en el combate de Camargo. Después de la batalla me limité a pronunciar un discurso pidiendo que se respetara la vida de los prisioneros y entre ellas la vida de Salas. Ya dije que soy enemigo de la violencia, y que si volvía a mi país, después de dos años de destierro, como consecuencia de la división entre los jefes revolucionarios, fue para conciliar a los mexicanos y terminar con esta guerra fratricida entre los generales que traicionaron a la Convención y los revolucionarios que fueron fieles a la Convención y a los principios por los cuales luchamos todos antes de que entraran en juego las ambiciones personales.

FISCAL: ¿Y para unir a los mexicanos se dedicaba usted a combatir a las fuerzas gobiernistas?

ÁNGELES: Repito que desde mi vuelta a México, no he combatido. Ya que no vine a combatir sino a impedir que sigan combatiendo inútilmente. Cuando crucé la frontera, el General Francisco Villa se dispuso a tomar un pueblo fronterizo, para que yo pasara al

país sin peligro de ser arrestado por las fuerzas gobiernistas. Yo le agradecí su muestra de afecto, pero me apresuré a cruzar la frontera un día antes del previsto y a mi cuenta y riesgo, para evitar un derramamiento de sangre.

FISCAL: ¡Ah!, no quería usted debilitar inútilmente a las fuerzas rebeldes y prefirió cruzar la frontera solo y de contrabando. Eso es lo que quiere decir.

ÁNGELES: Lo que quise decir es exactamente lo que dije, señor Fiscal. Entré a México no a combatir, sino a tratar de evitar que esta matanza continúe.

FISCAL: Su hipocresía me subleva. El testigo de cargo Félix Salas, asegura que usted tomó parte en el combate de Camargo y que cuando usted le salvó la vida, así como a muchos de sus compañeros, fue para ganar hombres para las fuerzas traidoras.

ÁNGELES: Félix Salas falta a la verdad. Sabe que no tomé parte en ese combate y que si le salvé la vida fue por un principio moral y no para aprovechado como soldado del General Francisco Villa. También sabe que se quedó a mi lado por agradecimiento y que cuando me entregó a ustedes iba yo hacia el Sur, pasa hablar con los zapatistas, y lograr una alianza y una paz que terminara con tantos crímenes. Yo, señores, no hice la Revolución para que tuviera este final de asesinatos, sino la concordia y la igualdad de los mexicanos…

FISCAL: *(Interrumpiendo).* ¿Entonces trataba usted de reunirse con las fuerzas rebeldes zapatistas?

ÁNGELES: Señor Fiscal, me parece inútil este diálogo. Usted está aquí para hallar razones que justifiquen mi muerte, y yo ocupo este banquillo de los acusados, porque no busco la muerte de nadie. Hubo un tiempo en que fuimos iguales y peleamos por las mismas cosas: por los pobres apaleados, por el hombre privado de su dignidad, por la justicia, por la verdad. Cuando unidos derrotamos a la reacción, la unidad también se rompió entre nosotros, y el triunfo del pueblo se convirtió en botín de generales ambiciosos. Desde ese

día el grupo que tomó el poder traicionando a la Convención, se dedicó a exterminar al grupo que quiso respetar las decisiones tomadas en la Convención… Desde ese instante andamos perdidos en el laberinto del crimen y de la política personal.

FISCAL: ¡No hay lugar para discursos! ¡El tiempo corre y la patria angustiada nos mira! Debemos continuar con el interrogatorio del testigo. *(A Salas).* ¿Una vez que el acusado le salvó la vida qué hizo con usted?

SALAS: Ya dije que entré bajo su mando, pero que siempre busqué la ocasión de volver con mi gente, y mi gente es la gente del gobierno. Si me quedé con el ejército del General Ángeles…

ÁNGELES: ¿Mi ejército? Salas, ¿puede usted darme algunos nombres de los hombres que estaban bajo mi mando? Si usted formaba parte de ese ejército debe recordar nombres de oficiales y soldados.

SALAS: Uno se llamaba Trillo… otro Muñoz…

(Silencio).

ÁNGELES: No nombre usted a los cuatro hombres que me acompañaban hacia el sur. Cuatro hombres no constituyen un ejército.

(Silencio. Salas mira hacia una lámpara colocada a la izquierda del escenario).

ÁNGELES: Es lamentable que detrás de esa lámpara estén ocultos los testigos, escuchando, para que cuando estén en nuestra presencia no se contradigan. Le suplico al

señor Fiscal, que insista para que el testigo Salas dé ahora mismo los nombres de los oficiales y soldados a mi mando.

FISCAL: Pido que se retire la pregunta del acusado por capciosa.

FÉLIX SALAS: Eran tantos los hombres que ¿cómo me voy a acordar?

ÁNGELES: ¡Un hombre de la categoría moral de Félix Salas deshonra a quienes lo utilizan!

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: Se suplica al acusado que guarde sus juicios para sí mismo.

ÁNGELES: Un hombre que falta a la verdad debe ser declarado incompetente.

FISCAL: El testimonio del testigo es desfavorable al acusado, pero eso no significa que debe ser declarado incompetente. Este Consejo no se ha reunido para solapar traiciones sino para juzgarlas.

ÁNGELES: Es una lástima que tengamos que recurrir a la mentira para justificar nuestros apetitos y nuestros actos. Y, ¿justificarse delante de quién? Los hechos existen por ellos mismos y están más allá de nuestro poder. Nuestro pasado es irrecuperable e invariable y ninguna mentira es capaz de borrarlo o de transformarlo.

De la sala vienen aplausos y vivas para el acusado.

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: ¡Silencio!, ¡silencio!

FISCAL: Le suplico al reo que considere sus palabras.

ÁNGELES: Señores, está bien que me maten, ya que soy un testigo inoportuno de su triunfo; pero está mal que traten de matarme con mentiras, porque la misma mentira los condena a ustedes.

En la sala se oyen vivas y aplausos.

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: (*A Salas)*. Puede usted retirarse.

Félix Salas abandona la sala. En ese instante entra el abogado Gómez Luna y se produce un silencio. El abogado trae unos papeles en la mano y los agita.

GÓMEZ LUNA: ¡Pido la palabra, señor Agente del Ministerio Público!

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: ¡Concedida! Pero le suplico al abogado defensor que sea breve, pues ya estamos en el final de este Juicio Sumario.

GÓMEZ LUNA: *(Muestra uno de los papeles).* Señores, he aquí un amparo del juez del segundo ramo penal, en favor del acusado Felipe Ángeles. El juicio queda suspendido por ilegal, ya que este Consejo de Guerra no tiene jurisdicción sobre el reo, pues éste no pertenece al ejército.

La sala aplaude con frenesí. Se escuchan vivos y gritos de gozo. Los generales del Consejo de Guerra se ponen de pie sorprendidos.

FISCAL: ¿Qué burla sangrienta es ésta?

GÓMEZ LUNA: ¡Felipe Ángeles fue dado de baja del Ejército Constitucionalista en 1917 por el propio gobierno constitucionalista, que pretende juzgarlo ahora como militar!

PRESIDENTE DEL CONSEJO: *(Volviéndose a sentar, todos lo imitan)*. ¡Esa es una formalidad sin importancia! Fue un castigo impuesto a su actitud rebelde. Señor abogado, su argucia está alimentada por sentimientos hostiles al pueblo de México y a su gobierno, el señor

General Felipe Ángeles estudió la carrera militar y siempre ha sido considerado como un miembro prominente del ejército mexicano.

GÓMEZ LUNA: Señores, el hecho de que Felipe Ángeles haya estudiado la carrera y haya sido director del Colegio Militar de San Jacinto y general distinguido, no significa que pertenezca al ejército y que en la actualidad siga siendo militar. *(Agita un telegrama).* Si la Secretaría de Guerra y Marina, no expresa aquí, y, por lo tanto no reconoce el carácter militar del acusado, ¿por qué el Agente del Ministerio Público se lo atribuye? Al Señor Felipe Ángeles no se le puede considerar como general del Ejército Federal, ya que ese ejército quedó disuelto por los tratados de Teoloyucan y sus grados no han sido reconocidos con posterioridad. Más tarde, en 1917, el señor Ángeles fue borrado del Ejército Constitucionalista. Actualmente no tiene ni nombramiento, ni patente de general del actual Ejército Nacional. Entonces, ¿cómo se le puede llamar general? Difícil ha sido la tarea de la defensa, ya que no se le ha permitido aportar el contingente de pruebas necesarias. Pero recurriendo a la benevolencia y magnanimidad de este Consejo pido el receso de seis horas que concede la Ley, para pedir a la Secretaría de Guerra la hoja de servicios de Felipe Ángeles y demostrar plenamente que el acusado fue dado de baja del ejército y que por lo tanto este Consejo de Guerra es incompetente para juzgarlo.

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: Señor abogado, no podemos conceder ese receso, ya que las pruebas las debería usted haber tenido en las manos al presentarse a este juicio.

Al oír estas palabras el público grita y golpea el suelo con furor.

GÓMEZ LUNA: En atención a las treinta mil almas que escuchan este juicio, le suplico a este Consejo que se sirva ser magnánimo y delibere para considerar su incompetencia en

este caso. Ya que si nos fuera dable consultar al pueblo que escucha, el pueblo gritaría unánimemente: ¡que no se lleve al acusado al patíbulo!

El público grita la frase del abogado Gómez Luna. Cuando vuelve el silencio el abogado continúa.

GÓMEZ LUNA: *(Mostrando otro papel)*. El señor Agente del Ministerio Público debe considerar que este amparo tiene la facultad de suspender este Juicio.

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: El Juicio Sumario continúa, ya que el amparo ha sido concedido por autoridades extrañas al fuero militar.

GÓMEZ LUNA: En apoyo a mi tesis sobre incompetencia de este Consejo de Guerra, me permito consignar los telegramas que aparecen en la prensa que se edita en la capital de la República, y en los cuales, tanto el Presidente Venustiano Carranza, como el señor General de División Manuel M. Diéguez, no dan al señor Ángeles el título de General con que este Consejo lo hace aparecer. ¡Quiero hacer constar que la Suprema Corte de Justicia se ha reunido en la capital de la República para decidir sobre este caso! Y hago también saber que estoy en continua comunicación telegráfica con la capital y que las máximas autoridades penales piensan de una manera muy distinta a la de los señores miembros del Consejo.

Gómez Luna se acerca al abogado López Hermosa. Ambos hablan en voz baja. Gómez Luna entrega a López Hermosa unos papeles y abandona el foro. Sale.

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: *(Poniéndose de pie).* Señor Presidente, señores vocales, la acusación está fundamentada; por lo tanto este Consejo de Guerra Sumarísimo, es competente. Toca a mi pobre voz levantarse ante este tribunal, en el nombre de la

conciencia nacional, para formular la más tremenda requisitoria y reclamar a los representantes de la justicia, la imposición de una pena ejemplar, para el que, haciendo plegar las alas de su águila simbólica, se apartó de la senda patriótica y cometió la más nefanda de las traiciones, al secundar al bandolero feroz cuyo solo nombre, Francisco Villa, flagela y pisotea a la sociedad. ¡Señores, hablo del General Felipe Ángeles, acusado de alta traición! ¡Felipe Ángeles no es un acusado cualquiera, ya que goza de una inteligencia superior y es esta inteligencia suya su arma más peligrosa, ya que siempre la ha puesto al servicio del mal y del desorden! A este hombre siniestro hay que hacerle cargos más graves de los que prevén los códigos. Su figura es una sombra que oscurece peligrosamente el limpio cielo de la patria. Su inteligencia es funesta, ya que con ella siembra el desconcierto y el desorden en las filas revolucionarias. En cuanto a su culpabilidad ha quedado ampliamente demostrada en el curso de este juicio: el acusado declaró haberse internado en el país como miembro de la Liga Liberal Mexicana, formada por desterrados políticos cuyos nombres prefiero no citar y los cuales no tienen derecho a pretender la unión de los mexicanos. Pretende que su misión era pacificadora y que se reducía a salvar la vida de los prisioneros.

¿Cuáles eran estos prisioneros? Los que él mismo obtenía en las batallas ganadas por él. Con esto queda establecido el cuerpo del delito de rebelión militar. Los testigos demuestran que alguna vez se le vio con cinco o siete hombres a su mando y que se le cogió prisionero in fraganti, es decir, haciendo fuego sobre las fuerzas del Gobierno. El hecho de que su nombre no figure en las nóminas de la Secretaría de Guerra no demuestra que no sea militar, ya que es natural que una persona substraída a la obediencia del Gobierno se coloque fuera de su carácter militar y de su empleo y en eso justamente reside su delito. Por último su declaración en este juicio al decir que no reconocía como Presidente de la República al C. Venustiano Carranza, es prueba suficiente de rebelión, ¿o quieren ustedes señores, una prueba más convincente de la hipocresía y la mentira de este

falso revolucionario, de este traidor a la patria y al pueblo de México? Desde el principio puso en tela de juicio las opiniones del Primer Jefe. Señores, no se dejen impresionar por sus glorias pasadas, pues si analizáramos estas glorias veríamos que también ellas están fundadas en la traición. Recuerden las palabras proféticas del Primer Jefe, al enterarse de la victoria de Zacatecas: « ¡Ya apareció el primer Judas!». Pues si bien es cierto que esa batalla le dio el triunfo a la Revolución, también es cierto que su preclaro general, Felipe Ángeles, ya tramaba en las tinieblas de su inteligencia la traición. Recuerden también, que antes de la batalla, que él solo decidió emprender, negándose a aceptar las órdenes del señor Carranza para dividir a la División del Norte, el acusado envió un telegrama al Primer Jefe redactado en los siguientes términos: «México no necesita un Jefe, sino ciudadanos». ¡Señores, hay que salvar a la Revolución de sus enemigos escondidos en falsos redentores! Este hombre ha vuelto a su patria para destruir aviesamente la mejor obra de los mexicanos: La Revolución, a la cual todos pertenecemos y por la cual todos estamos dispuestos a morir. Así probada la rebelión de Felipe Ángeles y la competencia de este Consejo de Guerra, formulo de acuerdo con el artículo 313 de la Ley Penal Militar las siguientes conclusiones: Primera: Acuso al General Felipe Ángeles de responsable del delito de rebelión. Segunda: El caso se encuentra comprendido en los artículos 313 de la Ley Penal Militar, 1905, 1125 de la del Distrito Federal. Tercera: Pido que se aplique al reo la pena de muerte. Cuarta: es competente para fallar, en este caso, este Consejo de Guerra extraordinario.

El Agente del Ministerio Público toma asiento en medio de un grave silencio.

GÓMEZ LUNA: Pido la palabra, Señor Presidente.

PRESIDENTE DEL CONSEJO: ¡Concedida!

GÓMEZ LUNA: Señor Presidente, señores vocales, se trata de un caso excepcional por su fácil resolución, ya que la justicia que asiste a mi defensor es palpable y lo revela este proceso, ya que el juicio hasta ahora, no ha demostrado la criminalidad de Felipe Ángeles y allí donde hay pruebas no cabe más recurso que la absolución. Lo que no existe en el proceso no existe en el mundo, dicen los antiguos juristas. El artículo 313 invocado en la requisitoria terrible del Ministerio Público dice: «serán castigados con la pena de muerte los militares que sustrayéndose a la obediencia del Gobierno y aprovechándose de las fuerzas que mande o de los elementos que hayan sido puestos a su disposición, se alcen en actitud hostil para contradecir cualquiera de los preceptos de la Constitución Federal». Lo primero que exige la Ley es el carácter militar. ¿Es militar el inculpado? Es imposible sostener la afirmativa. La cualidad de médico, de abogado, o de militar no se sostiene con el dicho de quienes lo poseen, ni con el testigo, sino con documentos fehacientes expedidos por las autoridades o corporaciones encargadas de ellos. Abro el libro de la Ordenanza General del Ejército, la que en su artículo 921 dice: «el carácter militar, sólo se demuestra con el nombramiento expedido por las autoridades a quienes concierne tal cosa». En la causa no consta el nombramiento o título que se atribuye al prevenido. Y en este caso la incompetencia del Honorable Consejo a quien tengo el honor de dirigirme está demostrada. El mismo libro de Ordenanza General del Ejército especifica que un Consejo de Guerra sólo puede llevarse a efecto para juzgar delitos militares cometidos por personas que pertenezcan al Ejército Mexicano. Si el acusado no es militar sino paisano, él Consejo debió declinar su jurisdicción para juzgado. ¿Acaso el señor Felipe Ángeles no ha explicado de una manera detallada su intervención en la Convención de Aguascalientes? ¿Acaso no ha hablado aquí de una Liga Liberal para unir a todos los partidos que por desgracia están en pugna? ¿En qué combate se ha visto al acusado mandar tal o cual facción, hacer prisioneros y tomar resolución respecto a ellos? En ninguno, señores. ¿Cómo pues imputarle el delito de rebelión? Toca a vosotros resolver sobre la suerte del acusado y quiero recordaros que «todo hombre caído en desgracia, ha

de verse como cosa sagrada». En virtud de lo anterior presento las siguientes conclusiones: Primera: El Señor Felipe Ángeles no es responsable del delito de rebelión que se le atribuye, porque no es militar.

Segunda: Felipe Ángeles no es miembro del Ejército Nacional. Tercera: A Felipe Ángeles no se le ha expedido la patente de General Brigadier por el actual Gobierno. Cuarta: Felipe Ángeles no se sustrajo a la obediencia del Gobierno Constituido. Quinta: Felipe Ángeles no se ha aprovechado de fuerzas del Gobierno Constituido. Sexta: A Felipe Ángeles no le han sido puestos a su disposición elementos de guerra del actual Gobierno. Séptima: Felipe Ángeles no se ha lanzado en actitud hostil para contrariar cualquiera de los preceptos de la Constitución; no siendo Felipe Ángeles responsable del delito que se le acusa, debe quedar en libertad. Octavo: El Consejo de Guerra extraordinario no es competente para poder fallar o para juzgar a Felipe Ángeles. Noveno: Son aplicables los artículos 17 y 921 de la Ordenanza General del Ejército, 313 del Código Penal Militar; 201 y 203 del Enjuiciamiento del Ramo *(El abogado se sienta).*

PRESIDENTE DEL CONSEJO*: (Poniéndose de pie).* De acuerdo con lo prevenido por el artículo 343 del Código de Procedimientos Penales en el fuero de guerra, concedo la palabra al General Felipe Ángeles, para que exponga en su defensa todo lo que crea pertinente y le ruego que sea breve en su exposición, en virtud de la prolongación inusitada de esta audiencia.

ÁNGELES: *(Se pone de pie).* Tendré cuidado en atender la invitación de la presidencia. Quiero dar las gracias a mis defensores por su desinteresada actitud, fundada en los principios de la solidaridad y el humanismo. Declaro solemnemente que no creo que por perversidad se tengan para conmigo malas intenciones, sino que sólo se me juzga con la pasión de la política…

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: *(Interrumpiendo).* Señor General Felipe Ángeles, se le suplicó que fuera breve.

ÁNGELES: Señores, ya que me van ustedes a matar, les suplico que siquiera me den tiempo para explicarme. Este es mi juicio y esta mi última oportunidad para dialogar con mis compatriotas, y no quisiera que mis conciudadanos guardaran la impresión de que fui un hombre tan malo. No abrigo odio contra nadie: amo entrañablemente a todos los mexicanos de cualquier creencia, religión o credo político que sean. Es verdad que fui militar de carrera, y un intelectual, como dicen mis jueces. También es verdad que cuando me uní a la Revolución tuve que olvidar muchas cosas que aprendí en mi juventud y aprender otras nuevas para entender la realidad que vivía. No me mezclé en la política por odio, sino porque la vista de los pobres me dolía. Dominado por la fraternidad conviví con los revolucionarios y cuando la Revolución se dividió en dos bandos, uno el ganancioso y otro el que renunció al poder personal en el nombre de las ideas por las cuales habíamos peleado todos, yo me uní a estos últimos, ya que no creo en la ambición personal. La rebelión que hoy se me imputa, si acaso fue cometida por mí, sucedió en el instante en que me puse del lado de los convencionistas. Más tarde al darme cuenta de que la violencia desemboca en la violencia, tuve horror del soldado que fui, y maté al militar. Quise entonces suavizar la guerra, hacer que la luz entrara en los corazones rencorosos… pero fui incapaz de lograr lo que deseaba y opté por el destierro para no participar en los crímenes que no podía impedir.

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: *(Interrumpiendo).* Señor general, evite las insinuaciones o nos veremos precisados a quitarle la palabra.

ÁNGELES: Señor Agente del Ministerio, se dice que soy motivo de discordia y que sólo me gusta la rebelión y no es así. Amo la democracia. En mi destierro en los Estados Unidos, estudié el socialismo y reconocí que ese sentimiento fraternal se extiende por todo el mundo y que a él se deben las conmociones populares actuales. Ahora yo sólo quiero que los constitucionalistas se consoliden, que abran los brazos a todos sus hermanos, que se instruyan y que formen un gobierno ejemplar. Para ello hay que establecer la concordia

y a la concordia no se llega cegándose en los crímenes políticos. Les pregunto a ustedes, mis antiguos compañeros de armas: ¿Qué hemos hecho para desencadenar esta violencia? Sabemos todos que fui dado de baja en el ejército y que la Ley Militar exige que, además, debe ser sorprendido in fraganti para poder condenarlo. Sabemos también que volví al territorio mexicano como miembro de la Liga Liberal Mexicana, para buscar la unión de los partidos en pugna. El asesinato de Emiliano Zapata por el Gobierno prueba que esta unión es más que necesaria. Si no me hice presente ante las fuerzas del Gobierno fue para no correr con la misma suerte que el general Zapata. Si al volver al país ya no era ni soy militar, este Consejo de Guerra extraordinario no es competente para juzgarme y sin embargo, la pasión política hace que se lleve adelante su audiencia. Un Juez lo manda suspender con un recurso de amparo y el Consejo continúa. Se dice que la defensa debió haber recabado las pruebas documentales para probar que no soy militar. Pues bien, no es la defensa lo que debe probarlo, sino la parte acusadora. Este pues no es un juicio militar, sino político. Los miembros de este Consejo son de una probidad reconocida, pero basta que yo pertenezca al partido en derrota para que sea condenado. El partido político opuesto al mío se ha impuesto y el éxito le concede la razón. La diosa del éxito justifica los crímenes… por un tiempo. El señor Carranza me considera como su enemigo personal desde la batalla de Torreón y si nunca estuve entre sus tropas fue por temor de ser capturado. Estamos en el tiempo de matar: se empieza matando en el nombre de una idea y se termina asesinando en el nombre de un jefe. ¡Y un jefe es una mentira! Yo lo sabía y si me fui a la Revolución fue porque Madero era el nombre sustituyendo al jefe. Cuando vi que Venustiano Carranza reunía algunas firmas para constituirse en jefe, supe que la Revolución estaba perdida. Las ideas encarnan en los hombres, de ahí que degeneren. El crimen de Zapata y el de tantos otros lo demuestran. A eso volví a México, a decirles que habíamos hecho de la Revolución un fin en si mismo, y que por eso endiosamos a sus jefes y perpetuamos con distintos nombres la esclavitud y el horror. La política no es un fin: la Revolución no es un fin: son medios para hacer hombres a los hombres. Nada es sagrado

excepto el hombre. Hay algo frágil, débil, pero infinitamente precioso que todos debemos defender: la vida. Ustedes, mis antiguos compañeros de armas, creen que miento y yo no tengo más prueba que ofrecerles que mis palabras, mis actos y, cuando este juicio termine, mi vida.

La sala se deshace en una tempestad de aplausos. Felipe Ángeles se sienta. Luego poco a poco el silencio vuelve. Todos se miran sorprendidos.

AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO: Señores, deben empezar las deliberaciones. Sólo falta el veredicto, el juicio del General Felipe Ángeles ha terminado.

Se cierra el cortinaje rojo y sólo quedan visibles el vestíbulo y las gradas del Teatro de los Héroes. Ya oscureció. La entrada sigue vigilada por soldados. Entra el General Diéguez por el lado izquierdo del proscenio y sube las gradas. Se dirige a un centinela y le dice algo en voz baja. El centinela atraviesa el vestíbulo y desaparece detrás de la cortina roja del fondo. Diéguez se pasea nervioso fumando un cigarrillo. El centinela acompañado de Bautista, reaparece.

Bautista se acerca al General Diéguez.

GENERAL DIÉGUEZ: ¿Todavía no acaban de deliberar? ¿Cuánto tiempo hace que están enchiquerados?

BAUTISTA: *(Mirando el reloj)*. Son las diez y veinte, mi general; hace más de tres horas.

GENERAL DIÉGUEZ: ¡Ya lo sabía! Se lo dije esta mañana, que matar a Ángeles no era algo sencillo. Al venir acá, me crucé con el abogado Gómez Luna, se veía muy agitado.

BAUTISTA: Es un gran abogado. Casi al final del Juicio demostró que Ángeles no es militar.

GENERAL DIÉGUEZ: ¿Lo demostró? Me lo temía y así se lo comuniqué al Primer Jefe pero no quiso desistir de su aparato de… legalidad.

BAUTISTA: Gavira no se inmutó y declaró que Ángeles era militar porque había estudiado la carrera. Los demás se asustaron. Cuando el abogado enseñó un amparo concediendo la suspensión del juicio, creí que era el final de la función.

GENERAL DIÉGUEZ: *(Riéndose).* ¡Eso se sacan por querer matar con el código en la mano! *(Poniéndose serio).* En México también hay mucha agitación.

BAUTISTA: Sandoval se rajó. A las primeras de cambio perdió el aplomo y no pudo enfrentarse al General Ángeles. ¡Era mucho gallo para él!

GENERAL DIÉGUEZ: ¡Que me traigan a ese pendejo!

BAUTISTA: *(A uno de los centinelas).* ¡Que se presente el Teniente coronel Gabino Sandoval! *(Sale un centinela).*

BAUTISTA: En cambio Salas le sostuvo todo lo convenido a su antiguo jefe.

GENERAL DIÉGUEZ: De ése estaba yo seguro. ¡Pobre Ángeles…, pero así lo quiso él! ¿Sabe, Bautista? Las actitudes como las de Salas le sirven a Felipe Ángeles para morir…

BAUTISTA: Tiene mucha calma; comentó que una persona de la calidad moral de Salas, debería ser declarada incompetente.

GENERAL DIÉGUEZ: Confunde la moral con la política… Quiero que esto acabe porque pienso dejar Chihuahua esta misma noche. *(Mira su reloj pulsera*). ¡Y esos no salen!

BAUTISTA: ¿Se nos va, general? No es para tanto… por mucho que deliberen la sentencia será la que usted sabe. Allá en el centro decidirán después si perdonan o no… aunque conociendo al Primer Jefe…

Entra Sandoval. Se acerca a Diéguez y a Bautista.

SANDOVAL: *(Cuadrándose)*. A sus órdenes, mi general.

GENERAL DIÉGUEZ: ¿Por qué no me dijiste esta mañana que no tenías bastantes pantalones? Hubiéramos buscado a otro más hombre que tú. ¡En qué compromiso pusiste a los generales del Consejo de Guerra!

SANDOVAL: ¡Caray, mi general, yo creía que era más fácil decir lo que usted me ordenó! Pero cuando el General Ángeles abrió tamaños ojos al oír que yo decía que había disparado sobre nosotros, pues sentí feo, mi general. Le expliqué a usted, que fue al contrario, que les dije a sus muchachos que no dispararan sobre nosotros. ¿Y quién soy yo para venir a decir tamaña mentira? Yo, con toda mi voluntad, hubiera querido decir lo que usted me ordenó, pero había algo aquí, en mi pecho, que me dejaba sin habla. Eso fue lo que pasó, mi general. ¡No fue falta de voluntad!

GENERAL DIÉGUEZ: ¡Haz de cuenta que nunca oíste hablar de dinero!

SANDOVAL: Ya me hago cargo, mi general. Yo para mis adentros me decía: ¡Este jijo de Salas ya se llevó los diez mil! El sí tuvo el valor que a mí me faltó. El General Ángeles dijo que lo querían matar con mentiras.

GENERAL DIÉGUEZ: Puedes retirarte.

Sale Sandoval.

GENERAL DIÉGUEZ: *(A Bautista).* ¿Eso dijo Ángeles?

BAUTISTA: Sí. Sabe que su caso está perdido. No perdió el tino cuando lo llamaron inteligencia perversa… Para mí que Ángeles no está peleando por su vida…

GENERAL DIÉGUEZ: Eso es lo que yo preveía que iba a suceder. Quiere dejarnos su vida y su muerte como uno de esos planos de batallas célebres, bien trazados, y cada trozo con una explicación, para que mañana se pueda leer, como se lee un hermoso texto. Y así será, Bautista, para vergüenza de nosotros, porque Felipe Ángeles es ejemplar. Gavira no me entendió, se lo quise explicar, también se lo expliqué a los de México, aunque ellos lo saben… Por eso Ángeles debe morir…

BAUTISTA: Los generales no le daban los ojos.

GENERAL DIÉGUEZ: ¿Sabe, Bautista, que para amar a una persona inteligente hay que ser inteligente? No le perdonarán su indiferencia en este último diálogo. No se dan cuenta de que la calma de Ángeles no es menosprecio, sino que Ángeles está dialogando no con ellos sino con una presencia invisible, a la que nadie invitó, pero que está aquí presente. ¡Pobres generales! El diálogo no es entre ellos y Ángeles, sino entre este último y el tiempo.

Bautista no responde. En ese momento aparece el General Gavira y los demás miembros del Consejo de Guerra.

GAVIRA: *(Dirigiéndose a Diéguez).* ¡General Diéguez! ¡Estoy sofocado con tanto alegato! ¡Qué bueno que se me aparece, a ver si me ayuda con los compañeros! Suspendí unos minutos las deliberaciones para ver si se nos aclara un poco la cabeza y podemos llegar a una conclusión.

GENERAL DIÉGUEZ: Usted, General Gavira, no necesita aclarar la suya. Sabe muy bien lo que quiere y lo que no quiere.

GAVIRA: ¡Es que yo soy hombre de hechos y no de palabras!

ESCOBAR: *(Riéndose)*. ¡Pues en este juicio hay muchas palabras porque hay muy pocos hechos!

GENERAL ACOSTA: ¡Eche la cuenta, General Diéguez; estamos encerrados desde las ocho de la mañana y todavía no encontramos el delito!

GARCÍA: Y entre nosotros llevamos tres horas discutiendo… no vemos claro… este es un caso muy triste…

GENERAL DIÉGUEZ: Esta mañana creí que todos estaban de acuerdo en lo esencial.

PERALDÍ: ¿En lo esencial? ¡Pero mi general, lo esencial es la acusación y la acusación no está fundada!

GAVIRA: ¡Usted es un sentimental, Peraldí! Ve al rebelde Ángeles en esa traza, él que fue siempre tan elegante; lo ve sentado en el banquillo de los acusados, él que fue tan gran general, y le parece injusto, porque alguna vez combatió con nosotros. ¡Ojalá que nunca lo hubiera hecho! Nos evitaría este mal rato. ¿No se da cuenta, compañero, de que Ángeles ha chaqueteado?

PERALDÍ: No, General Gavira Ángeles no ha chaqueteado. Y si no veo claro es que el delito no está claro.

ESCOBAR: ¡Peraldí tiene un caballo!

GENERAL ACOSTA: También yo tengo mis dudas…

GAVIRA: Ya lo dije antes, Ángeles es un perverso que ha sembrado la duda en cabezas tan bien puestas como las suyas, compañeros. Ahora imagínense ustedes el efecto que sus palabras terribles habrán hecho en los demás.

GARCÍA: General Gavira, hay un hecho: Ángeles no combatió, ni ofreció resistencia cuando lo agarraron.

GENERAL DIÉGUEZ: *(Exaltado).* ¿Quién dice que no ofreció resistencia?

GARCÍA: Los testigos se desdijeron en el careo.

GAVIRA: ¡Compañeros, Ángeles tuerce las declaraciones de los testigos!

ESCOBAR: No, compañeros, no es Ángeles el que tuerce las declaraciones, son los testigos los que se enredan porque sencillamente están mintiendo.

PERALDÍ: Felipe Ángeles se queja de que queremos matarlo con mentiras. ¡Hay que jugarle limpio, compañeros!

GAVIRA: ¡Pues a ver si también las balas le parecen de mentiras!

ESCOBAR: ¡A lo mejor son mentiras, general!

PERALDÍ: Insisto en que hay que jugarle limpio. Ángeles es un militar de honor, y yo me jacto de serlo también. Un Consejo de Guerra es un consejo de honor. No podemos manchar el uniforme con mentiras. Yo me niego a dar un veredicto desfavorable al acusado mientras no se me pruebe que traicionó.

ESCOBAR: Peraldí ha hablado por mí.

GENERAL DIÉGUEZ: ¡No se exalten así! Aunque yo no deba intervenir en esta discusión, me permito recordarles que alguna vez se vio a Felipe Ángeles con cinco hombres a su mando…

PERALDÍ: *(Arrebatándole la palabra).* ¿Y que son cinco hombres desarmados? ¿A quién pretende engañar usted, General Diéguez?

GENERAL DIÉGUEZ: A nadie. La voluntad de Felipe Ángeles es una voluntad opuesta a la voluntad del Primer Jefe; eso basta para que Ángeles deje de ser inocente.

GENERAL ACOSTA: Entonces ha quedado claro que Ángeles es un combatiente que no combatió, un general que no forma parte del ejército, un reaccionario que es un

revolucionario, un traidor que siempre ha sido leal a sus ideales, que fueron los nuestros…

GARCÍA: ¡Un oposicionista!

ESCOBAR: ¡Un oposicionista no es un rebelde!

GAVIRA: Compañeros, para evitar más confusiones les pido que, sin pensarlo más, emitamos el juicio que se nos pide y que el General Juan Barragán espera ansioso en México. El que mucho habla mucho yerra.

ESCOBAR: ¡Sin pensarlo más!

GENERAL DIÉGUEZ: Sí, General Escobar, sin pensarlo más. No es un problema algebraico que necesita una demostración impecable, es un caso político. Ángeles ha cometido un error político y sabe el precio que se paga por esa clase de errores. Error en el que no debemos caer, compañeros. Sobre todo porque ninguno de nosotros tiene un pasado tan brillante e intachable como lo tiene Felipe Ángeles y nuestra sentencia de muerte no sería tan discutida.

GARCÍA: No lo podemos condenar ahora que nadie lo sigue.

GENERAL DIÉGUEZ: ¿Cómo que nadie lo sigue? ¿Qué me dice del público que lo aplaude, de las calles que lo vitorean al pasar y de las peticiones de gracia que llegan del mundo entero?

GAVIRA: Eso no indica nada. La gente lo aplaude por sus tendencias socialistas, pero todos somos socialistas como él.

PERALDÍ: ¡Como él no! Él es socialista con un pelotón de fusilamiento enfrente. ¡Y así es distinto! ¡Además es un intelectual!

GENERAL DIÉGUEZ: La política no es academia de ciencias. Aquí todos nos jugamos la vida. ¡Hay que escoger a cuál vida le vamos!

ESCOBAR: Ángeles jugó y perdió. ¿No es eso? Pero algo me dice que no perdió del todo ¡compañero Diéguez, nunca sabemos a cuál vida le vamos…!

PERALDÍ: General Gavira, yo no puedo condenar al General Ángeles. Yo le vi dirigiendo la batalla de Zacatecas… y esa noche no quiso entrar a la plaza tomada, para no ver la matanza que no podía impedir. Es verdad que siempre tuvo piedad. Hoy no mintió y lo siento, compañeros, pero estuvo superior a nosotros.

ESCOBAR: Si lo matamos a él, asesinamos a la Revolución.

GENERAL DIÉGUEZ: Compañero Escobar, no se trata de escoger entre la vida de Ángeles y su muerte, sino entre su vida y la nuestra.

PERALDÍ: Desde el poder la piedad es un lujo… ¿No podemos ser como él aunque sea así? Podríamos llamar al enemigo nuestro hermano equivocado…

GENERAL DIÉGUEZ: *(Interrumpiendo).* ¡Cómo se rio el General Obregón, cuando supo esa frase de Ángeles! ¡Él que los fusila a todos! Entren en razón, no somos nosotros los que vamos a matar a Ángeles sino sus contradicciones.

ESCOBAR: Pero ¿va morir?

GENERAL DIÉGUEZ: ¿Todavía lo duda? Si no muere él moriremos nosotros… Y ustedes hablando de piedad… Además Ángeles va a morir aunque ustedes den un veredicto piadoso…

GENERAL ACOSTA: Ahora veo que desde Zacatecas Ángeles tenía razón, por eso el Primer Jefe quiso destrozarlo desde entonces.

ESCOBAR: Sí, Ángeles lo vio antes que nosotros. Y ahora ha vuelto para probarnos que un caudillo es un arma de exterminio.

GAVIRA: ¡Está usted loco! ¿Qué sería de la Revolución sin el Primer Jefe?

ESCOBAR: ¿Sin el Primer Jefe?… Ya lo había pensado, Gavira; sin querer se piensan tantas cosas…

GENERAL DIÉGUEZ: No sueñe, Escobar, es peligroso. No podemos cerrar los ojos ante los hechos, somos jefes y tenemos responsabilidades, algo que defender… todo eso por lo que peleamos. También tenemos que pagar el precio del triunfo, aunque a veces sea tan repugnante que quisiéramos volver a los momentos anteriores, al triunfo… Ángeles habla en nombre de la Revolución y sus ideas son hermosas, pero en la realidad, su prédica ataca a los hombres que han organizado a la Revolución y así destruye en su raíz aquello que pretende defender. La Revolución tiene su propia lógica, y los que pecan contra ella mueren.

ESCOBAR: Eso no es la Revolución, es el viejo juego del poder, el quítate tú para ponerme yo.

GENERAL DIÉGUEZ: Démelo como quiera, el hecho es que no hay escapatoria.

PERALDÍ: Es imposible probar que Ángeles está contra la Revolución.

GENERAL DIÉGUEZ: Ángeles ni siquiera pelea contra nosotros. Quiso eludir el poder, lo niega, por eso muere. El poder es implacable: o lo tomamos o nos aniquila.

PERALDÍ: Desde que se rehusó a tomarlo, supe que estaba muy lejos de nosotros.

ESCOBAR: Nos hace señas desde la otra orilla y nos llama… Es un suicida.

GAVIRA: ¡Pues no hay que contrariarlo!

PERALDÍ: ¡Años y años peleando para acabar fusilándolo!

GENERAL DIÉGUEZ: Años y años peleando para seguir fusilando. La política no tiene fin, el poder no tiene fin.

GAVIRA: Los invito, compañeros, a liquidar esta discusión en el cuarto de las deliberaciones. ¿Vamos? *(Los generales se miran entre sí y no contestan. Gavira avanza hacia el fondo del vestíbulo, se vuelve y los mira sonriendo*). ¿Vamos, compañeros?

PERALDÍ: Voy, pero no a donde usted quiera llevarme.

Peraldí desaparece detrás del cortinaje. Acosta y García lo siguen.

ESCOBAR: ¡Qué mala suerte la mía, General Diéguez, hubiera dado algo por no tomar parte en este juicio!

GENERAL DIÉGUEZ: ¿Usted cree que a mí me gusta?

ESCOBAR: Pero usted no forma parte de este Consejo de Guerra. Usted se lava las manos. Y yo me las empapo con la sangre de Felipe Ángeles. Me han convidado a un asesinato. ¡Y todavía me piden que Lo juzgue cuando él tiene la razón!

GENERAL DIÉGUEZ: Y sin embargo, Escobar, la verdad en la política son los hechos consumados. Un muerto es siempre una verdad.

Entran las señoras Revilla, Seijas y Galván. Diéguez al verlas hace ademán de irse. Escobar que observa su deseo de huir, lo detiene con malicia.

ESCOBAR: General Diéguez, las señoras quieren hablarle. Con su permiso yo me voy a luchar todavía por… un muerto.

Escobar se dirige con lentitud hacia el fondo. Antes de desaparecer, se vuelve y mira largamente a Diéguez. Luego cruza la cortina. La Señora Revilla se acerca a Diéguez.

GENERAL DIÉGUEZ: Parece que la defensa ha sido muy brillante. Las felicito, señoras.

SEÑORA REVILLA: La defensa no ha hecho sino apelar a la verdad.

GENERAL DIÉGUEZ: ¿La verdad?… La verdad tiene tantas cabezas como hombres, me parece arriesgado recurrir a ella.

SEÑORA REVILLA: Usted habla de verdades personales general.

GENERAL DIÉGUEZ: No, señora, en este caso hablo de una verdad política. El General Ángeles piensa que él tiene la verdad y no todos pensamos como él.

SEÑORA SEIJAS: El General Ángeles habló de sus hechos, porque para poder matarlo tratan de desfigurarlos. Dijo que no estaban juzgando al verdadero Ángeles sino a un Ángeles imaginario.

GENERAL DIÉGUEZ: Tiene razón. El hombre fabrica sus amores y sus odios. Si tuviéramos la imagen que él tiene de sí mismo no podríamos juzgarlo.

SEÑORA REVILLA: Pero existen los hechos, y para juzgar a un hombre hay que revisar los hechos cometidos por él y no en la imaginación de sus enemigos.

GENERAL DIÉGUEZ: Los hechos existen en relación con los demás. Un hecho no es algo aislado. Tiene múltiples aspectos y consecuencias imprevisibles, aun para el que lo comete. El mismo hecho puede ser bueno para usted y malo para mí, señora.

SEÑORA SEIJAS: Los hechos del General Ángeles no son malos sino para una camarilla en el poder.

GENERAL DIÉGUEZ: *(Sonriente)*. El que entre en el juego de la política debe contar también con este hecho, señora.

SEÑORA REVILLA: Esperaba esa respuesta, pero también la política es variada y admite interpretaciones. Su partido, General Diéguez, era el mismo que el de Ángeles. ¿Quién ha cambiado?

GENERAL DIÉGUEZ: El poder cambia al hombre.

SEÑORA REVILLA: Entonces, ¿reconoce que usted ha cambiado y que es cómplice de crímenes y de actos equivocados?

GENERAL DIÉGUEZ: Hermosa señora, reconozco que todos hemos cambiado, pero no admito ser cómplice de crímenes. Reconozco también que hay actos que no me gustaría cometer y que no tengo más remedio que realizar. Por ejemplo, ahora nada me gustaría más que hacerla sonreír y sin embargo me veo obligado a contrariarla. Para ejercer el poder hay que establecer un equilibrio entre las concesiones y la dureza; por eso, al mismo tiempo, insisto en concederle todas las facilidades que me pide, para defender al General Felipe Ángeles. Le aseguro, señora, que no siempre es grato ser inflexible, y menos frente a la belleza. Este es el juego de siempre, señora, las dos caras de la medalla. Y ninguna es peor, ni mejor que la otra, y las dos son igualmente peligrosas. ¿No ha pensado usted, en que podría ser yo el acusado y Ángeles el jefe de la plaza?

SEÑORA REVILLA: Después de este diálogo me parece inútil la defensa, ya que las cartas estaban echadas de antemano.

SEÑORA SEIJAS: Hemos apelado a la Suprema Corte y a la Cámara de Diputados. De ellos esperamos una decisión favorable.

GENERAL DIÉGUEZ: Señora, la Suprema Corte puede cambiar el final de este diálogo.

SEÑORA GALVÁN: El amparo de la Suprema Corte llegará de un momento a otro.

GENERAL DIÉGUEZ: Será la mejor solución, porque todos habremos cumplido con nuestro deber. ¿Quieren ustedes hablar con el Señor Ángeles?

SEÑORA REVILLA: Si usted nos lo permite…

GENERAL DIÉGUEZ: *(A uno de los centinelas)*. ¡Ordene al Coronel Bautista que traiga al señor Ángeles!

El centinela sale por las cortinas del fondo. Diéguez hace una reverencia a las señoras, sale del vestíbulo y baja de prisa las gradas del Teatro de los Héroes. Sale.

SEÑORA GALVÁN: Diéguez me da miedo.

SEÑORA REVILLA: No entiendo su furor frío. Sabe que está cometiendo un crimen en el nombre de unos intereses en los que no cree.

Entra Felipe Ángeles escoltado por Bautista y por soldados. Se dirige a las señoras.

ÁNGELES: ¡Ya es muy tarde para ustedes, señoras!

SEÑORA REVILLA: Esperamos, General Ángeles.

ÁNGELES: Me duele verlas esperar por una muerte que no es la suya, señoras.

SEÑORA REVILLA: Y a nosotras nos duele que quieran aplastarlo con esta maquinaria oficial tan eficaz para la destrucción.

ÁNGELES: No es grave que esta maquinaria se vuelva contra mí, lo grave es que existe, porque existe contra todos. Es un arma que no distingue amigos de enemigos, ni verdades de mentiras. Y esta muerte mía no será la última.

SEÑORA REVILLA: Ni siquiera se atreven a matarlo a usted, sino a ese fantasma que han inventado.

ÁNGELES: Un fantasma demasiado real, señora. Si repaso mi vida me veo como una sucesión de fantasmas. Para vivir he matado a muchos Felipe Ángeles… hasta llegar a éste, que presencia este juicio, y todos, hasta este último han fracasado. Pero abuso de su bondad, ya es muy tarde y hace mucho frío. Estarán ustedes muy cansadas…

SEÑORA REVILLA: No, general, no estamos cansadas, queremos ver hasta donde son capaces de llegar los jueces de Felipe Ángeles.

ÁNGELES: ¿Mis jueces…? Este es el juicio de Felipe Ángeles contra Felipe Ángeles. Mientras los jueces hablan yo busco el error, recuento mis actos: fui revolucionario y dejé que la Revolución cayese en el pecado que había combatido… Tuve el poder y lo dejé escapar, en lugar de destruirlo… El cargo que me hacen mis amigos es que lo dejé escapar, ¡y hubiera sido tan fácil! Pero yo quería una historia distinta. Confundí el futuro con el presente. Estaba ciego. Quizás todavía era la hora de la fuerza. Había demasiado odio, demasiada violencia acumulada por los siglos de injusticia. Había miedo de perder lo ganado. Lo ganado nos volvió enemigos y la violencia fue nuestro único horizonte. ¿Por qué tuve horror de pelear por lo ganado? No lo sé. Pero tal vez si hubiera dado esa batalla, se hubiera podido detener esta cadena de crímenes. Cuando quise detener el horror y enseñar la concordia, mi muerte violenta prueba la ineficacia de mi acción y fortifica la violencia establecida… ¿Por qué?… ¿Dónde está mi error?

SEÑORA REVILLA: ¡No se acongoje, general! Este no es el juicio de Felipe Ángeles contra Felipe Ángeles, sino el juicio de la Revolución contra ella misma.

ÁNGELES: Si pudiera creer que eso es cierto, y que en mí se castigan los pecados de nuestro movimiento, moriría tranquilo.

SEÑORA SEIJAS: Usted es el único que no debe morir, general. Nos dejaría solos con ellos, que no son sino la fachada de un hombre y por dentro un abismo insaciable de poder.

ÁNGELES: Hubo un tiempo en el que todos nos reconocimos en el hombre sin nombre, en el polvo, en la basura de México, en el silencio, en los ojos humillados en donde nadie quiere verse. Y nos vimos en esos ojos y esos ojos nos vieron. ¡El triunfo corrompe!

BAUTISTA: *(Que ha escuchado atento el diálogo)*. Sí, mi general, el triunfo corrompe. Usted no lo sabe, porque abandonó la victoria, dejó tirado el botín en manos de… *(Bautista calla).*

ÁNGELES: ¡Cómo quisiera vivir otra vez! Ahora, después de este fracaso, entre todos, quizás podríamos inventar la historia que nos falta. La historia, como las matemáticas, es un acto de la imaginación. Y la imaginación es el poder del hombre para proyectar la verdad y salir de este mundo de sombras y de actos incompletos.

El abogado Gómez Luna sube corriendo las gradas del teatro, entra al vestíbulo e interrumpe el diálogo.

GÓMEZ LUNA: ¡La Cámara de Diputados se ha dividido! El diputado Alfonso Toro ha pedido que el caso se turne a lo civil.

ÁNGELES: No puede ser verdad.

SEÑORA REVILLA: ¡Y nosotros empezábamos a perder la esperanza!

GÓMEZ LUNA: ¿Aquí siguen deliberando? No se deciden a dar el fallo adverso que les exigen.

ÁNGELES: Hace tres horas que terminó el juicio.

GÓMEZ LUNA: Los diputados también deliberan. Nosotros seguimos presionando a la Suprema Corte para alcanzar el amparo. El juicio es tan irregular, que sé de buena fuente que el amparo será concedido de un momento a otro.

SEÑORA REVILLA: ¿En México ya saben que el juicio terminó y que ahora no esperamos sino el veredicto?

GÓMEZ LUNA: ¡Claro que lo saben, no me he despegado un minuto del telégrafo! Estoy esperando la respuesta. ¡Señor Felipe Ángeles, le juro a usted solemnemente que no volveré al Teatro de los Héroes si no es con el amparo en la mano!

ÁNGELES: ¡El triunfo sería más increíble que la derrota!

SEÑORA REVILLA: Vamos con el abogado. Hay mucha gente a la que todavía podemos recurrir en la capital.

Las tres señoras y el abogado salen del vestíbulo y descienden animadamente las gradas del teatro. Salen. Ángeles se queda pensativo y silencioso. Todos a su alrededor guardan silencio.

BAUTISTA: *(Como para sí mismo).* ¡Qué crédulos, no conocen al Primer Jefe!

ÁNGELES: ¿Duda usted, coronel?

BAUTISTA: Sí, francamente dudo que su vida se salve por el perdón.

ÁNGELES: No pensaba en el perdón. Pensaba en un movimiento de la opinión pública que obligue al Gobierno a ceder. Los hombres del poder saben que a veces conviene la magnanimidad.

BAUTISTA: Sí, pero también saben que perdonar es abrir la puerta a la rebelión, porque es reconocer el error y los derechos de los demás. El principio del Primer Jefe es que no se equivoca nunca. Es un ídolo, y la muerte de usted es el incienso que él mismo ofrece a su propia divinidad.

ÁNGELES: Entonces, todo es inútil. No me queda sino esperar a que amanezca.

BAUTISTA: Honradamente, no le queda otra, mi general. Sólo una cosa se me ocurre…

Entra un capitán al vestíbulo.

CAPITÁN: *(Saludando)*. Coronel Bautista, el Consejo de Guerra reclama la presencia del acusado.

ÁNGELES: *(Irguiéndose)*. A sus órdenes, capitán.

Salen los tres por las cortinas del fondo del vestíbulo. El General Diéguez sube las gradas del Teatro. Viene sombrío. Enciende un cigarrillo, lo fuma, se pasea a grandes zancadas por el vestíbulo, da un puntapié a uno de los banquillos de terciopelo rojo. Llama a un centinela y éste reaparece al cabo de unos segundos acompañado del Coronel Bautista.

BAUTISTA: ¿Qué pasa, mi general, siempre no se nos va?

GENERAL DIÉGUEZ: Ya nada me retiene en Chihuahua. Me voy para Camargo.

BAUTISTA: Es usted poco curioso, mi general; entre a la sala siquiera a echar un vistazo. Ahora van a leer el veredicto.

GENERAL DIÉGUEZ: ¡Como si no lo conociera! La gente me da asco… Sí, me dan asco todos: los generales, el defensor, ese loco de Ángeles. ¡Todos! Y en especial esa muchedumbre que llena el teatro y aplaude, y silba y patea y luego nada. ¡No harán nada! Tal vez las únicas que merecen respeto son esas señoras. Pero esa gente…

BAUTISTA: ¡Es que subió usted muy alto, mi general! Ya se olvidó de que la gente…

GENERAL DIÉGUEZ: (*Interrumpiendo).* ¡No me hable de la gente! Dentro de unas horas les mataremos a Felipe Ángeles y no moverán un dedo para salvarlo. El Primer Jefe les regala esa imagen sacrificada, en la que ellos se ven ejemplares. Les basta con la muerte de Ángeles para sentirse ellos también fusilados. En ese espejismo los tiranos fundan su crueldad y su omnipotencia. Ya los verá mañana. No quieren que los salpique la sangre y creen que así quedan limpios. ¿Los ve ahora? Quietos. ¡Les gusta la fuerza porque justifica su impotencia! ¡Y ese iluso de Ángeles va a morir por esos pendejos!

BAUTISTA: Todavía puede pasar algo, mi general, no esté usted tan seguro.

GENERAL DIÉGUEZ: No pasa nada. Volveré a Chihuahua cuando el muerto esté bien muerto y hasta hieda.

BAUTISTA: Yo no me iría, mi general. La gente, aunque usted no lo crea, anda muy alzada.

GENERAL DIÉGUEZ: ¡No harán nada! Además he previsto todo. He dado órdenes de anunciar el fusilamiento en el cerro de Santa Rosa, para desalojar un poco la ciudad de revoltosos. Esta misma noche empezará el éxodo. ¿Usted cree que van a perder el espectáculo? Y mientras, usted se lo truena: en el interior del teatro hay un patio.

BAUTISTA: Sí, atrás, pero es muy pequeño, mi general, habrá que dispararle casi a boca de jarro… el cadáver va a quedar muy desfigurado, parecerá un asesinato.

GENERAL DIÉGUEZ: ¡No entre en detalles! Lo único importante es que se cumplan las órdenes. Qué más da como quede… al cabo que muerto no irá a ningún baile.

Diéguez golpea con su guante una de las columnas del vestíbulo. Luego avanza hacia las gradas y de espalda a Bautista, se detiene.

GENERAL DIÉGUEZ: ¡Ah!… ¡se me olvidaba algo, Coronel Bautista! Hay órdenes superiores de fusilar al General Felipe Ángeles con balas expansivas. ¡Coronel, usted responde con su cabeza de que las órdenes sean ejecutadas!

Diéguez baja las gradas de prisa. Por el lado opuesto del proscenio entran las señoras Revilla, Seijas y Galván. Ven a Diéguez, que se dispone a abandonar el teatro. La Señora Revilla lo alcanza y lo detiene.

SEÑORA REVILLA: ¡General Diéguez!

GENERAL DIÉGUEZ: *(Haciendo una reverencia)*. Señora.

SEÑORA REVILLA: ¡Es la última burla! Han cortado el telégrafo para Impedir que llegue el amparo de la Suprema Corte. *(La Señora Revilla parece que va a llorar.*

GENERAL DIÉGUEZ: ¡Por favor, señora! … Me apena usted, está mal informada, el parte dice que son los villistas los autores de esta nueva fechoría.

Se corren las cortinas del vestíbulo y empiezan a salir los generales del Consejo de Guerra. Vienen serios. Varios asistentes los ayudan a ponerse los capotes militares.

SEÑORA REVILLA: ¿Los villistas?

GENERAL DIÉGUEZ: Señora, el Consejo de Guerra ha terminado. Quizás le interese conocer su veredicto. ¡Señoras, créanme que lamento en el alma no haber podido serles más útil!

Diéguez hace una nueva reverencia y veloz sale de escena. Las señoras suben lentamente las gradas y entran en el vestíbulo. Los miembros del Consejo de Guerra se despiden. Escobar se aísla.

GAVIRA: (*A Acosta y García*). ¿Cómo dicen?

GENERAL ACOSTA: Sí, General Gavira, salimos esta misma noche de Chihuahua; ya no hay nada que hacer aquí, sino recordar todo lo que uno trata de olvidar.

GARCÍA: Este ha sido el día más duro de mi carrera, General Gavira.

GAVIRA: ¿Qué le parecen estos dos compañeros, Peraldí? ¡Se van! Véngase conmigo, vamos a tomar un trago juntos.

PERALDÍ: Lo siento, general, también yo tomo el mismo tren que los compañeros. Debo volver a mi puesto.

GAVIRA: ¡Esto es una desbandada!

ESCOBAR: *(Desde lejos)*. Dice bien, General Gavira, esto es una desbandada. *(Un asistente se acerca a ofrecerle su capote. Escobar lo rechaza con un gesto).*

GENERAL ACOSTA: *(A Escobar)*. ¡Apúrese, general, o va a perder el tren!

ESCOBAR: ¿Qué tren? *(Los demás generales se miran entre ellos)*.

GAVIRA: El tren que sale de Chihuahua dentro de unos minutos. Yo también me voy con los compañeros no voy a quedarme de alma en pena.

ESCOBAR: ¡Buen viaje, General Gavira! Yo me quedo aquí. Me quedo hasta el final de esta función de teatro.

Escobar se aleja de los generales. Se recarga contra uno de los pilares del vestíbulo y mira a sus compañeros con aire sombrío. Los generales se apresuran a salir.

PERALDÍ: ¡Adiós, General Escobar! *(Peraldí baja las gradas y sale).*

GARCÍA: *(A Escobar).* No se excite mi general, todo es por demás. *(García alcanza a Peraldí. Sale).*

GAVIRA: *(A Escobar tomando del brazo a Acosta).* Yo en su lugar no me quedaría, General Escobar. Es un consejo, un consejo de amigo.

GENERAL ACOSTA: ¡Suerte, Escobar!

Gavira y Acosta bajan las gradas y salen. Escobar fuma un cigarrillo recargado contra el pilar, está silencioso. Las señoras Revilla, Seijas y Galván, forman un grupo alejado del general. Entra Felipe

Ángeles escoltado por Bautista y por soldados. Se hace un gran silencio. La señora Revilla se le acerca.

SEÑORA REVILLA: ¿A muerte, general?

ÁNGELES: Y muerte por unanimidad.

La señora Revilla lo abraza. Escobar avanza silencioso hasta el grupo formado por Ángeles y la señora Revilla.

ESCOBAR: ¡General Felipe Ángeles!, estuvo usted brillantísimo en su defensa. Nos puso usted en verdaderos aprietos. ¡Permítame felicitarlo!

ÁNGELES: ¡Gracias, General Escobar, muchas gracias! Desde que me aprehendieron no he recibido sino atenciones.

ESCOBAR: General, estoy a sus órdenes, créame que estoy aquí para servirlo.

ÁNGELES: *(Con aire sonámbulo).* Para servirme, General Escobar… para servirme.

Silencio. Adentro de la sala se oyen los pasos del público que desaloja la sala.

Telón.

ACTO III

Celda improvisada en el interior del Teatro de los Héroes. Se supone que la celda está en lino de los camerinos del teatro. Es media noche. Felipe Ángeles sentado frente a una mesa de pino escribe una carta. Bautista, silencioso y sombrío, observa a su prisionero. Este firma la carta y se queda absorto.

BAUTISTA: ¡General!… ¡General! ¿No me oye usted?

ÁNGELES*: (Ausente).* ¿Es usted otra vez, Bautista?

BAUTISTA: Sí, mi general… *(Baja mucho la voz).* Francisco Villa no anda lejos… nos anda rodeando. Lo busca a usted, General Ángeles… ya sabe que usted para Villa es sagrado, como lo fue Madero… Yo he estado pensando todo el día que… pero no sé cómo decírselo, es usted una persona tan especial. Con cualquier otro no me tocaría el corazón…

ÁNGELES: Dígalo sin miedo… Pobre Francisco Villa…

BAUTISTA: El General Diéguez se fue de Chihuahua, no quiso estar aquí a la hora de la hora. Yo solo soy encargado de guardarlo y fusilarlo. ¿Pero qué le da su muerte a mi vida? ¡Amarguras! Por eso he decidido después de pensarlo todo el día, jugarme la cabeza con usted.

ÁNGELES: *(Mirando asombrado).* No habla usted en serio, coronel.

BAUTISTA: ¡Tan en serio como los que quieren fusilarlo! Usted en mi caso haría lo mismo. Yo estoy al mando de las tropas, contamos con el pueblo de Chihuahua. Francisco Villa no anda lejos. Con un golpe de mano nos apoderamos de la ciudad y les damos la entrada a los villistas. Si fracasamos nos vamos al monte con ellos.

ÁNGELES: ¿Y sus jefes, coronel?

BAUTISTA: ¿Mis jefes…? Usted está contra los jefes, general y yo también. He tenido muchos y todos me han dado la orden de matar. Los he visto subir, fusilar y luego caer fusilados… ¡Como usted, general, si no se decide! *(Se produce un silencio).*

BAUTISTA: ¿Sabe, general, lo que nos importan los jefes? ¡Un salivazo!

ÁNGELES*: (Lo mira asombrado).* ¡Pobre General Villa!…

BAUTISTA: Acepte mi proposición, general.

ÁNGELES: No creo en la fuerza…

BAUTISTA: Con razón el General Escobar dice que es usted un suicida.

ÁNGELES: ¿Un suicida?… No, se equivoca. Un suicida es un error.

BAUTISTA: Usted cree que todavía llegará el amparo.

ÁNGELES: No lo sé…

BAUTISTA: No sea inocente, general, y acepte lo que le propongo; así nos cobraremos lo que nos han hecho. Es la única manera de empezar de nuevo, como usted decía antes.

ÁNGELES: Pero no así, Coronel Bautista. Empezar de nuevo significaría cambiar el crimen por la fraternidad, la muerte por la vida, los disparos por las ideas, la anarquía por la conducta, a mí por el otro.

BAUTISTA: Tiene usted razón y no la tiene. ¡Lástima que no podamos hablar más largo, su tiempo es ya muy corto, general! Hay que abrirle una puerta que lo alargue, que lo conduzca al campo, en donde lo aguardan sus compañeros, no el pelotón de fusilamiento.

ÁNGELES: No me haga soñar, coronel.

BAUTISTA: ¿Cuál es su respuesta?

ÁNGELES*: (Ausente).* ¿Cuál respuesta?

BAUTISTA: No me creyó. Nadie me cree. ¿No se da cuenta General Ángeles de que también yo estoy preso? ¿No se da cuenta de que también yo me quiero escapar?

ÁNGELES: Nadie se escapa, Bautista. La huida es una ilusión y en este caso no creo que valga la pena el riesgo.

BAUTISTA: No hay riesgo, general. Todos los generales del Consejo de Guerra se fueron hoy mismo de Chihuahua. Sólo quedó Escobar… no sé para qué se quedaría ése, pero es lo de menos. Yo soy el encargado de fusilarlo. Mi cabeza depende de la suya. ¿Ve general? Sin proponérnoslo, nos columpiamos del mismo mecate por encima de la muerte. ¡Y quiero corrérmela con usted!

ÁNGELES: Usted es el único que se la corre, Bautista, mi vida ya está perdida.

BAUTISTA: Hace más de una hora que anunciamos que usted sería fusilado en el cerro de Santa Rosa y a estas horas todos sus partidarios van hacia allá; pero usted debe de ser fusilado en el interior de este teatro.

ÁNGELES: ¡El Gobierno sabe hacer las cosas!

BAUTISTA: ¡Sabe y no! A mí no me preguntaron si quería fusilar a Felipe Ángeles en un patio del Teatro de los Héroes… con balas expansivas.

ÁNGELES: ¿Con balas expansivas?…No veo el objeto… ni veo el motivo de sus palabras…

BAUTISTA: ¿No ve, general, que yo también quiero volver a ser lo que fui? Yo no entré a la Revolución para fusilarlo a usted, un revolucionario, con balas expansivas. Esta Revolución es una víbora que empezó a silbar muy de mañana y que a estas horas ya se enroscó y se muerde la cola para asfixiarnos a todos. ¡Hay que descabezarla! Los generales del Consejo de Guerra también le tienen miedo.

ÁNGELES: Es que si no matan, mueren.

BAUTISTA: Acepte mi proposición, general. Los guardias me obedecen. Si prefiere, para menos riesgo, lo saco disfrazado.

ÁNGELES: *(Pensativo).* ¿Y usted cree, coronel, que podemos deshacer el círculo de la serpiente?

BAUTISTA: ¡Seguro que podemos! Pero hay que dispararle a la cabeza, para que nunca más vuelva a oprimirnos su círculo de sangre fría que pide sangre tibia. ¡Decídase, general, apenas nos queda tiempo!

ÁNGELES: El tiempo, el tiempo, siempre el tiempo… Quizás, coronel, el tiempo nuestro se ha gastado y empieza ahora un tiempo nuevo… imprevisible. Tal vez el tiempo es algo finito…

BAUTISTA: No divague, general. Hay que actuar ahora mismo para que nos quede algo de la noche, por si debemos de salir al monte.

ÁNGELES: Si Escobar está en Chihuahua, tan pronto como se entere de nuestra fuga se pondrá al frente de las tropas para aniquilarnos.

BAUTISTA: *(En voz muy baja).* No le daremos tiempo. Antes de salir puedo romper el primer anillo de la vibra. ¡Yo, general, quiero dar el primer balazo! Le garantizo que no será Escobar el que me madrugue.

Alguien llama a la puerta. Ángeles y Bautista se miran. Bautista se acerca a la puerta. Ángeles continúa sentado, con aire ausente. Insisten en el llamado.

VOZ DE ESCOBAR: *(Desde afuera de la puerta*). ¡General Ángeles!

Bautista cerca de la puerta mira a Ángeles, éste levanta con fatiga la mano para hacer la seña de dejar pasar al visitante. Bautista adopta la actitud de que está alerta para cualquier orden muda.

VOZ DE ESCOBAR: (*Desde afuera de la puerta).* General Ángeles, ¿me permite pasar?

ÁNGELES: *(Sereno).* ¡Adelante, General Escobar!

Bautista abre la puerta, mira al visitante con intensidad y permanece junto a la puerta abierta en actitud alerta. Cuando Escobar entra el coronel permanece junto a la puerta y continúa en la misma actitud. Escobar viene limpio, se nota que se acaba de bañar. Todo él resplandece de pulcritud.

ESCOBAR: (*Dirigiéndose a alguien que lo sigue)*. ¡Anda, pásale, no te achiques!

Entra un camarero con una bandeja llena de viandas y cubierta con una servilleta albeante. Ángeles permanece impasible.

ESCOBAR: Buenas noches, General Ángeles. ¿No incomodo?

ÁNGELES: (*De pie*). No, General Escobar. *(Escobar recoge de la mesa pluma, tintero y papel).*

ESCOBAR: (*Al camarero)*. ¡Déjala aquí! Ya puedes irte. (*Escobar saca dinero de su bolsillo y se lo da al camarero que mira fascinado a Ángeles*).

CAMARERO: (*Cogiendo maquinalmente la propina*). Buenas noches, mi General Felipe Ángeles.

ÁNGELES: (*Lo mira tratando de reconocerlo).* Buenas noches… nos vimos mucho en un tiempo, muchacho.

CAMARERO: Sí, mi general, yo combatí bajo sus órdenes en la toma de Torreón y en la de Zacatecas; luego pasé a la brigada del General Saulo Navarro y con él estuve hasta que lo mataron. Siempre fui villista y soldado raso.

ÁNGELES: Parece otra vida y hace solo unos años…

CAMARERO: Era otra vida, mi general. Me di de baja después de la peregrinación que hice por toda la frontera con el cuerpo de mi General Saulo Navarro. Carranza no lo dejaba entrar ni muerto, pero lo metimos y está sepultado aquí en Chihuahua.

ÁNGELES: Está bien quedarse aquí. En Chihuahua han quedado tantos valientes. (*El camarero se cuadra ante Ángeles*).

CAMARERO: Para Chihuahua es usted el glorioso Felipe Ángeles.

El hombre sale de prisa, se produce un silencio. Bautista permanece junto a la puerta cerrada, mirando a Felipe Ángeles, que ahora tiene una actitud ausente.

ESCOBAR: General, aquí me tiene, un amigo siempre es necesario en momentos como éste… si en algo puedo serle útil.

ÁNGELES: *(Desconcertado).* ¿Útil? Ya vi General Escobar todo lo útil que puede serme usted: me condenó a muerte.

ESCOBAR: ¡Compréndame, general, con el dolor de mi corazón tuve que dar ese paso!

ÁNGELES: ¡Ah!

ESCOBAR: No quise dejarlo solo, general… me permití traer esta modesta cena para compartirla con usted. (*Bautista inmóvil espera una señal de Ángeles. Felipe Ángeles lo mira impasible. Luego a Escobar)*.

ÁNGELES: Siéntese, general, le agradezco infinitamente su atención.

Escobar ocupa una de las dos sillas de pino que hay en la celda.

ÁNGELES: (*A Bautista*). Usted, coronel, haga el favor de sentarse aquí con nosotros.

Bautista avanza hasta tocar el respaldo de la silla varia. Hace esto contra su voluntad. Ángeles se dirige al catre de campaña que hay en la celda y se sienta en el borde.

BAUTISTA: Gracias, general, prefiero estar de pie.

ESCOBAR: (*Levantando la servilleta que cubre la bandeja y en la cual se ven dos cenas abundantes)*. Pero… ¿no va usted a acompañarme?

ÁNGELES: Lo siento, pero mi estómago no resistiría ningún alimento.

Escobar vuelve a cubrir la bandeja.

ESCOBAR: ¡Compañero, yo quisiera que usted me comprendiera! Nada me dolería más que no lograr desvanecer este equívoco que ha surgido entre nosotros.

ÁNGELES: ¿Equívoco?… General, no comparto sus escrúpulos.

ESCOBAR: ¡Caray, General Ángeles, quisiera que estuviera usted en mi pellejo!

ÁNGELES: (*Se echa a reír)*. ¿Lo dice usted en serio?

ESCOBAR: ¡Claro que sí!… Usted sabe, general, que siempre hay dos situaciones: la pública y la privada. Soy su amigo y usted va a morir; y yo debo explicarme con usted, como usted haría conmigo, si yo estuviera en esta celda. Como hombre público al servicio de un régimen he tenido que condenarlo a muerte. Como amigo, estoy aquí para testimoniarle mi afecto y admiración.

ÁNGELES: Perdón, Escobar, pero no entiendo su actitud. Si merezco la muerte y usted así lo dictó, no debe darme explicaciones, y su presencia en esta celda de condenado a muerte es una crueldad.

ESCOBAR: (*Poniéndose de pie*). ¡Nada más lejos que pretender herirlo! Créame que obro impulsado por mi corazón, que soy su amigo.

ÁNGELES: ¡Mi amigo!

ESCOBAR: Yo no soy responsable de su muerte. Era imposible salvarlo, general, y le aseguro que hice todo lo posible… Usted es víctima de las circunstancias… además había órdenes.

ÁNGELES: ¿Ordenes? No creo en las órdenes.

ESCOBAR: Ya lo sé, general. Y tiene usted razón. Si hubiera usted seguido las órdenes de Carranza, cuando le ordenó que dividiera a la División del Norte y que no tomara Zacatecas, todavía estaría Victoriano Huerta en el poder, pero usted desobedeció, tomó la plaza y ganó la Revolución. Usted, General Ángeles, se dio cuenta desde entonces, de que Carranza estaba dispuesto a sacrificarlo todo, hasta el triunfo, si no era él la primera figura. A usted lo temía más que a ninguno de nosotros, porque era un rival involuntario y demasiado brillante. Y él ya había calculado erigirse en jefe de todos… pero, general, si lo hubiera usted obedecido, no estaría en esta celda… De modo que no tiene razón.

ÁNGELES: Cada quien actúa de acuerdo con su conciencia y es responsable de sus actos. Yo desobedecí y tomé Zacatecas para evitar batallas inútiles. Ahora, General Escobar, no le tomo cuentas a su conciencia, ni le reprocho su obediencia.

ESCOBAR: ¿Mi obediencia? Pero ¿solo ve usted que obedezco y desobedezco? Yo, como Gonzalo Escobar, soy su amigo aunque no lo entiendo. Pero como el General Escobar, no tengo más remedio que condenarlo porque la Revolución y sus jefes lo condenan.

ÁNGELES: Entiendo, general, usted tiene dos conciencias, una privada y otra pública; a la primera la absuelve la segunda y a la segunda la de un tercero. Después de esta transacción no veo de cuál de las dos conciencias pueden brotarle los escrúpulos que lo traen a esta celda.

ESCOBAR: General, ¿no quiere entender que yo como todos soy dos?

ÁNGELES: *(Lo ve con tristeza)*. Sí, el hombre es múltiple, pero también es uno. Uno y dueño de sus actos y no puede entregar su destino en las manos de un tercero sin volverse un siervo, un cómplice o un autómata.

ESCOBAR: ¿Usted me considera un siervo? ¿Usted que sabe que luché por la libertad y por la Revolución?

ÁNGELES: No me hable de libertad, Escobar, cuando acaba de decirme que no es libre de sus actos. De esta Revolución no han surgido hombres libres. Ni siquiera el Primer Jefe, él es el más esclavo de todos ustedes, porque es el que tiene más miedo. El miedo es el peor consejero, no aconseja sino crímenes. Detrás de cada dictador hay un potencial de miedo infinito.

ESCOBAR: ¡No siga, General Ángeles! Sus palabras me lastiman, como lastimarían a cualquier revolucionario. Hace usted mal en hablar así. Hizo usted mal en hablar con esas palabras a los jefes de la Revolución. Hace años que comete el mismo error, era fatal que llegara esta noche… usted solito, general, ha cavado su tumba.

ÁNGELES: Lo sé, y no me arrepiento. Son mis palabras y no mí espada, rota por mí hace mucho tiempo, las que me matan.

ESCOBAR: ¿Y de verdad la rompió, general, o simplemente se negó a ponerla al servicio de nadie, sino al suyo propio? En el Consejo de Guerra esta pregunta me atormentaba.

ÁNGELES: Mi espada nunca estuvo al servicio de nadie, sino al de unos principios que cada día se fueron haciendo más claros, hasta que al final, ya no necesité de la espada, porque ellos se volvieron un arma más poderosa. Entonces, cambié a la espada por la palabra.

ESCOBAR: ¡Que grave error en un hombre tan inteligente! La espada es el poder. ¡No ve a tantos leguleyos plegados a la voluntad del Primer Jefe!

ÁNGELES: El terror es el arma de los débiles; a la espada más cruel se le vence con la palabra, que es más poderosa.

ESCOBAR: ¡No se engañe, General Ángeles! Cuando usted habla de justicia parece que tiene razón, pero no la tiene, porque carece de la fuerza para imponerla. ¿Y qué es la justicia sin el poder?

ÁNGELES: ¿No se da cuenta, compañero, de que la justicia está por encima del poder y de que no necesita ninguna circunstancia temporal?

ESCOBAR: Yo no creo en la justicia de esa manera. Usted no va a morir, perdone lo que voy a decirle, víctima de una injusticia, sino por obra de una justicia superior que usted se niega a aceptar.

ÁNGELES: Usted, en lo único que cree es en la fuerza. ¿Y si ahora en este momento, un grupo adicto a mí, entrara en esta celda y lo asesinara usted admitiría esta justicia? Todo es posible, General Escobar. *(Escobar lo mira atónito, luego mira a Bautista, que lo mira con fijeza).*

ESCOBAR: ¿Un grupo adicto a usted?… No tendría fuerza suficiente para asesinarme, general.

ÁNGELES: ¿Por qué no?

ESCOBAR: Porque sería un grupo reaccionario, sin raíz en el pueblo… condenado a fracasar en unas horas. La Revolución ganó. ¿O quiere usted que volvamos a la bola, al desorden, que sea otra vez la reacción quien gobierne? ¡Si ganamos, general, ganó la revolución!

ÁNGELES: La bola no es la Revolución ni la voluntad arbitraria de los jefes es la justicia. General Escobar, usted y sus amigos no son la Revolución. Por eso yo, en este momento puedo aceptar que mis partidarios lo fusilen en mi lugar y también su muerte sería en el

nombre de la Revolución. Todo es válido después de que usted y sus amigos han traicionado a la Revolución que era la convención.

ESCOBAR*: (Nervioso).* No creo que hable usted en serio… Además usted es el único que no haría eso, porque usted está en contra de la violencia y no cree en el poder… yo sé que es usted incapaz de aprovechar a la gente que vigila el teatro para vigilar su vida…

ÁNGELES: Quién sabe…

ESCOBAR: Yo lo sé. Usted siempre fue el mismo, por eso siempre me dije: el General Ángeles acabará mal, por llenarse la cabeza de dudas y de palabras.

ÁNGELES: Sí, siempre fui el mismo y siempre combatí para oponerme a lo que ustedes están haciendo ahora: reducimos al estado de tribu, con un sacerdote mágico a la cabeza, pronunciando fórmulas sin sentido disque para remediar los males de su pueblo. Yo combatí, compañero, para acabar con los brujos del poder y sus profecías ininteligibles. Y creo que ahora hay que empezar a combatir de nuevo.

ESCOBAR: (*Nervioso).* ¡Mi general, parece increíble que haya sido usted un jefe revolucionario! ¿Qué ya se le olvidó cómo se nombran los ejércitos? ¡Soy gente de Francisco Villa! ¡Soy gente de Carranza! ¡Soy gente de Felipe Ángeles! ¡Y están dispuestos a morir por uno! Y si usted está aquí, es porque se quedó sin gente. Por eso, perdone que se lo diga, no es grave matarlo ahora. ¡Qué distinto hubiera sido antes! ¡Nadie se hubiera atrevido ni siquiera a pensarlo, porque estaba toda la División del norte con usted!

ÁNGELES: La gente, general, está con los que estamos con ella.

BAUTISTA: *(Dando un paso adelante).* ¿No ha visto, General Escobar, al pueblo de Chihuahua?

ESCOBAR: Sí, lo he visto.

ÁNGELES: Pero usted sigue creyendo, general, que no es grave matarme ahora porque no tengo gente armada, porque estoy vencido… Y yo le digo, compañero, que el acto más

grave que puede cometer el hombre es el de matar. Las consecuencias de un crimen son incalculables. Recuerde que la Revolución se desató por un crimen.

ESCOBAR: ¡Es cierto que ese crimen nos descabezó!

ÁNGELES: No, general, no porque nos descabezó. Madero no era un jefe. Madero pensaba que todos éramos iguales, por eso todos nos sentimos asesinados cuando lo mataron a él. Le aseguro que no ocurriría lo mismo con su muerte, ni con la de Carranza.

ESCOBAR: ¡Baje a la tierra, general! ¡Cómo me duele ver que usted se va a morir por unas palabras! Y a las palabras se las lleva el viento. A mí, General Ángeles, me da tristeza que usted muera por unas palabritas.

ÁNGELES: Nada existiría si antes no le hubiera dado forma la palabra. Si muero será por las palabras, por las palabras que no se lleva el viento, compañero.

ESCOBAR: ¡Usted está ciego! Y pensar que era usted el hombre que necesitábamos. La gran cabeza. Todos estábamos dispuestos a seguirlo. Su primer error fue no tomar el poder. Y luego hablar, hablar cada vez más solo, cada vez más para usted mismo… ¿quién lo ha oído? ¿Quién lo ha seguido?

ÁNGELES: No sé si alguien me haya oído, pero lo que sé es que hay que hablar en este cementerio en el que ustedes han convertido al país, en donde sólo se oyen gritos y disparos. Ya sé que hablar aquí es el mayor de los delitos; aquí en donde el terror ha reducido al hombre al balbuceo. Pero yo, general, no renuncio a mi calidad de hombre. Y el hombre es lenguaje. Y óigame bien, General Escobar; lo único que deseo es que hablen todos, que se oiga la voz del hombre, en lugar de que el hombre se ahogue en crímenes. Hay que hablar, general, aunque nos cueste la vida. Hay que nombrar a los tiranos, sus llagas, sus crímenes, a los muertos, a los desdichados, para rescatarlos de su desdicha. Al hombre se le rescata con la palabra.

ESCOBAR: Aquí hablamos todos.

ÁNGELES: Aquí repetimos todas las frases oficiales, que nacen muertas de los labios de los jefes. El pueblo no ha hablado todavía.

ESCOBAR: ¿Y la Revolución?

ÁNGELES: La Revolución empezó como un ruido para aturdirse en la desdicha, luego ustedes la amordazaron con el terror.

ESCOBAR: Reniega usted de la Revolución. Ahora veo claro por qué van a matarlo. ¡Y si para alguien fue fácil acomodarse fue para usted!

ÁNGELES: Yo ya encontré mi acomodo.

ESCOBAR: Perdone, general, no quise ofenderlo… pero, se nos volteó.

ÁNGELES: No, me quedé con los convencionistas… y no para ganar.

ESCOBAR: Eso es lo que me entristece, porque lo admiro. Comprendo que hay gente que juega para perder.

ÁNGELES: No se pierde nada. Yo no jugué para perder, ni para ganar. Yo luché por unos principios. Lo que usted llama triunfo, para mí es una derrota. Mi muerte es una derrota más de la Revolución, una derrota de ustedes los que me matan.

ESCOBAR: ¡De verdad que es usted valiente! Siempre lo fue. Todos admiramos su sangre fría. Cuando les cuente a los compañeros esta última noche me la creerán porque se trata de usted. ¡Yo que venía a acompañarlo en estas últimas horas! Pensé que se le harían muy largas.

ÁNGELES: *(Se echa a reír)*. ¿Largas? ¡No soy tan despilfarrado, General Escobar! Apenas me queda tiempo para pensar un poco en lo sucedido. Tengo que hacer mi balance final, encontrar una explicación a lo que me atormentó durante años.

ESCOBAR: Entonces, será mejor que me retire. ¿Cree usted que debo regresar más tarde?

BAUTISTA: ¿Regresar?

ESCOBAR: ¡No sé qué hacer! Todo esto es muy terrible. Le debería pedir perdón pero no puedo… y lo que más me entristece es que no logré deshacer el equívoco.

ÁNGELES: También para mí esto es muy triste… Pero ya es tarde hasta para hablar.

ESCOBAR: ¿Quién me iba a decir a mí, Gonzalo Escobar, que el General Felipe Ángeles iba a morir fusilado por la Revolución? ¿Y qué iba yo a pasar la última noche con él? ¡Cómo da vueltas el mundo!

ÁNGELES: (*A Bautista*). El círculo está cerrado para siempre.

ESCOBAR: (*Sacando un papel y una pluma*). ¿Quiere usted firmarme este papel? No quiero olvidar nunca esta noche.

ÁNGELES: Lo que usted pida.

Ángeles se inclina sobre la mesa y escribe. Luego tiende el papel a Escobar.

ESCOBAR: (*Al terminar de leer*). Es usted un hombre de ideas propias. *(A Bautista).* A que nunca conoció a un hombre más inteligente. *(A Ángeles).* ¡Cómo quisiera que nada de esto hubiera ocurrido! Borrar estos años, volver todos juntos a la sierra…

ÁNGELES: ¡Volverán esos años!… El tiempo es uno…

ESCOBAR: (*Irguiéndose*). ¡Adiós mi general!… ¡Lástima que no fuera cierto lo de sus partidarios!, me hubiera pasado con usted. Nunca hubiera usted dictado mi sentencia de muerte, no lo habría usted necesitado.

BAUTISTA: ¿Está usted seguro?

ESCOBAR: Tanto, como que me llamo Gonzalo Escobar. Conozco al general hace mucho tiempo, coronel. El hombre no cambia. Eso es lo único que he aprendido en mis 28 años.

Escobar abraza a Felipe Ángeles.

ESCOBAR: ¡Hasta pronto, mi general!

ÁNGELES: Adiós, General Escobar.

Escobar sale. Ángeles lo ve salir. Luego, con infinita tristeza, baja la luz de la celda y queda indeciso. Da unos pasos.

ÁNGELES: ¡Qué cansado estoy! ¿No va a terminar nunca esta terrible noche?

Bautista, mudo, lo ve dar unos pasos por la celda, luego acercarse al catre, taparse con la cobija y cubrirse la cara con las manos.

ÁNGELES: ¡Hace frío!… Y tanta palabra. Y todas rebotan contra un muro. ¿Nadie entiende el idioma que yo hablo? Nadie te entiende, Felipe Ángeles. ¡Mírate ahí!, tumbado en el catre de los fusilados. Escupiendo tus dientes rotos por las balas. Con la lengua sangrando a fuerza de llamar y llamar a alguien. Con los ojos abiertos al horror del último cielo. ¡Ese era el cielo, azul, tendido, que amparaba mi infancia allá en Hidalgo! El mismo cielo que escuchaba al aire girar adentro de su bóveda y al ruido acompasado de los frutos columpiándose. Debajo de ese cielo había mi casa; había mi padre; había mi patria llamándome: ¡ven aquí, niño Felipe Ángeles, no escapes a la ardua tarea de darme forma! ¡Mírame aquí en el mapa, con mi silueta rosa de cucurucho de domingo desparramando lima, capulines, jícamas! ¡Ven aquí, niño Felipe Ángeles!, ata un cordelito

a mi cola de cometa y hazme subir al cielo como un papalote, con su cauda de frutos de colores. No me abandones, niño Felipe Ángeles.

Paséame por las sierras, enséñame a conocer el cauce andrajoso de mis ríos. No me dejes que me olvide de mis ciudades olvidadas: Colima, Chetumal, Campeche, se me escapan. Atada a su dedo, niño Felipe Ángeles, hazme navegar por mis cielos. Abajo tú, guiándome, enseñándome a mí misma, asomándome a la profundidad submarina de mis valles. ¡Tú a caballo, Felipe Ángeles! ¡A caballo vomitando fuego! Buscando la palabra que me apacigüe. ¿En dónde está mi gente? Yo solo oigo el correr de las lágrimas de los que no me ven y me maldicen. Oigo sus pasos descalzos, apagados, gastando las piedras. ¡No me abandones, niño…! ¡Aquí estoy yo!, Felipe Ángeles, aquí estamos los dos, tú pegada ahora a las piedras de este techo de prisión, encarcelada conmigo. Cuando mi dedo engarruñado por la muerte no aprisione más este cordel, no dejes que lo separen de mi mano, hasta que otra mano predilecta tuya, te arranque y te lleve con la piel de mi mano muerta… ¡Niño Felipe Ángeles, te busca tu papá! No quiere que sigas jugando en las peleas de gallos… ¡Yo galopo, yo batallo, yo lloro al ver llorar al hombre que me sigue en la noche! Arriba de mí, cruzando las sierras, una forma rosada me sigue… Díganle a mi padre que no se ocupe de mi muerte. Que moriré aquí, con mi uniforme de cadete, con mi compás en la mano, haciendo círculos redondos como el mundo y sus frutos. ¡Allí en un rincón está mi madre mirando un papalote! De sus ojos salen todos los ríos: el Lema, el Papaloapan, el Mexcala. De sus hombres enlutados salen los ojos tristes que me miran en las batallas antes de morir. ¡Aquí está, mírenla todos! Llorando el pecho abierto de su hijo. Recogiendo su sangre que se escapa en las losas del patio de los ajusticiados. ¡Recógeme, forma rosada, no me olvides, hazme un lugar en tu memoria! ¡Tú que anduviste posada en mi hombro como una paloma, en los cuarenta y siete años que me permitieron verte! ¡Llora Felipe Ángeles! ¡Llora por ti, antes de que tus lágrimas desaparezcan de esta tierra regada por las lágrimas! ¡Llora igual que Madero lloró antes

de que lo sacaran para su asesinato! Para que luego digan: Madero era un tonto, Ángeles era un tonto. De las lágrimas tontas de los tontos nacen manantiales de los que surge la frescura de la patria.

Ángeles solloza. Bautista se le acerca. Hay un silencio.

BAUTISTA: General. ¿Puedo ayudarlo en algo?… Tómese un trago…

ÁNGELES: ¿Lo oyó usted?… Yo oí el llanto de Madero esa noche, antes de que tuviera que vestirse para que lo mataran… Las palabras son inútiles. Usted lo oyó, coronel…

BAUTISTA: ¿A quién, mi general? ¿A Escobar?

ÁNGELES: No era Escobar. Eran todos estos cadáveres voraces. Yo me voy, me voy al reino de los vivos, de las palabritas, como dicen ellos. De ahí llegaré a la ciudad intocada por su baba. Allí no encontraré estatuas de ladrones, ni avenidas manchadas con el nombre de los réprobos. Me voy a vagar por la gran patria de las ideas. Me voy a la palabra concordia.

BAUTISTA: ¡Cálmese, general!

ÁNGELES: Estoy en calma.

BAUTISTA: Nunca supe por qué peleaba, y esta mañana cuando lo oí hablar me di cuenta de que había andado a ciegas y me entró rabia. Pero siempre la tuve, sólo que no sabía por qué. Ahora quiero disparar en sus cabezas las balas que han preparado para usted. ¡Ayúdeme! También yo quiero llevar el papalote rosa, encima de mi cabeza guiándome en la noche, como un farol de feria.

ÁNGELES: No necesita de mí, usted también lo lleva, coronel.

BAUTISTA: Mientras estuvo aquí Escobar, esperé su señal para darle. ¿Qué me hubiera durado?…

ÁNGELES: No se puede fincar nada sobre un charco de sangre. Busque la tierra firme, búsquela adentro de usted mismo.

BAUTISTA: Yo no soy usted, mi general. Yo soy los otros. Soy el montón. El montón de pobres que ellos acumulan… Usted dijo en su jurado: sólo la sangre es fértil…

ÁNGELES: La sangre de los mártires.

BAUTISTA: Esa se evapora pronto, la tierra de México es muy caliza y se la traga pronto, nadie la recuerda, es la sangre de los pendejos. ¡Quédese aquí, general, dé la pelea! ¿No le gusta vivir?… (*Hay un silencio)*. No, usted ya se me fue. Ya no es de este mundo y por más que le hable, no lo podré traer aquí conmigo, a esta noche del 26 de noviembre de 1919, que es la última noche que le queda.

ÁNGELES: Al encuentro de esta noche vine. Estaba lejos y una voz me llamaba: Felipe Ángeles, no pierdas tus pasos en estas calles extranjeras, gastadas por tus pies de tanto andarlas. Ven cerca de mí, habla con tus compatriotas, despiértalos del sueño de los homicidas. Y me vine a detener el crimen. Y aquí estoy esperando…

BAUTISTA: Entonces renuncia, general. Me deja. Nos deja.

ÁNGELES: Renuncio a despojar a mis ojos del cielo fijo de los fusilados. Ese es mi cielo. Ese es el cielo de los mexicanos: inmóvil, aterrado a las seis de la mañana. Ese es el cielo que me aguarda. Quizás así logre detener el horror y después el cielo vuelva a girar dulcemente sobre la cabeza de mis hijos y el cucurucho rosa de mi tierra flote como una nube.

Llaman a la puerta. Bautista abre. Es la señora Revilla. Lleva en la mano un gancho de ropa del cual pende un traje de civil color negro, una camisa blanca y una corbata también negra. En la otra mano, un par de zapatos negros de hombre.

SEÑORA REVILLA: *(Titubeante).* General, traigo esta ropa negra… es nueva, no quiero que vaya así, delante de los soldados. *(Bautista se adelanta y recoge las ropas de manos de la señora y las coloca con cuidado sobre una de las sillas de pino*).

BAUTISTA: (*Con los ojos bajos)*. Con su permiso, general. *(Sale).*

ÁNGELES: Mi ropa para morir. Se acordó usted, señora, de la acusación que me lanzaron: hay que ir limpios a la muerte. Lo creo, señora, y no por catrín como dijeron ellos, sino porque creo en el orden de las almas y de los cuerpos, reflejo del orden del Universo… Por eso trataba de presentarme limpio en los combates.

SEÑORA REVILLA: No se preocupe por lo que ellos digan, general.

ÁNGELES: También somos la imagen que tienen de nosotros los demás. Es terrible descubrir todo en el último momento… ¿qué hice en tantos años como tuve? ¿Por qué no fui el que debía haber sido?… se hubieran evitado tantas lágrimas…

SEÑORA REVILLA: (*Conteniendo el llanto*). ¿A quién le importa que lloremos?

ÁNGELES: ¡Cuánto silencio!

SEÑORA REVILLA: El telégrafo sigue mudo… sin respuesta.

ÁNGELES: Este silencio no se va a romper nunca. Para romperlo sacrifiqué tantas cosas… Dentro de un rato va a morir un hombre que fracasó, y ese hombre soy yo… Me cuesta trabajo no llorar sobre mí mismo. No llorar sobre Clara, mi mujer, sobre mis hijos… Es mejor que no los hayan dejado cruzar la frontera. En su presencia me hubiera sido imposible morir.

SEÑORA REVILLA: Llore, general…

ÁNGELES: Les he escrito una carta. Me preocupa que mi muerte frente al paredón los llene de rencor por su patria. Pero usted dígales que tener una patria, a veces, es tener un paisaje apacible y a veces un paredón de fusilamiento.

SEÑORA REVILLA: Guardé intactas sus palabras para dárselas.

ÁNGELES: Dígales que yo no muero porque mi patria me repudie, sino por un exceso de amor entre ella y yo. Y que prefiero este final encarnizado a una muerte extranjera. Dígales que no olviden el color de su luz, ni sus montañas infinitas, tan caminadas por su padre. Que aprendan a leer sus noches. Esas noches solitarias que me han dado fuerzas para morir. Su silencio me enseño la triste suerte del hombre, que no encuentra respuesta sino en el miedo y la matanza.

SEÑORA REVILLA: General, también yo he buscado una respuesta sin hallarla. Al despertarme en las mañanas, con la luz del sol, leía en la palma de mi mano el destino inútil del hombre. Ahora todo será distinto, desde la inmovilidad de mi casa, la palma de mi mano será la superficie de la tierra; por ella iré andando acompañada por usted, escuchando sus palabras a través de las sierras y de las ciudades destruidas por el odio.

ÁNGELES: Un día todo entrará en orden armonioso distinto al orden de la violencia. No lo veré yo… pero tal vez Clara lo alcance, y me perdone el que ahora la deje en este abandono: sola, sin dinero, en una ciudad extranjera, y con tres niños… nunca pensé en ella tanto como en estos minutos. Ella es así, no quiere nada que yo no quiera. No quería existir sino como una parte mía… y ahora me doy cuenta de que ella siempre fue yo mismo. ¡Morirá conmigo!… Esto es un consuelo egoísta… Clara va a seguir viviendo para pagar mis errores…

SEÑORA REVILLA: No me diga eso, general… todavía podemos esperar un milagro…

ÁNGELES: Este milagro no se va a producir, señora. Usted, Clara y yo lo sabemos en estos instantes terribles, en que nuestro corazón se inflama de un amor que va más allá del amor, porque es irremediable y son los últimos instantes que tenemos para sentirlo… Dígale, señora, que siempre la amé. Que cuando descifraba las inexpugnables sierras, descifraba también el misterioso destino que la trajo hasta mí, desde las selvas de pinos de Alemania… Y que mientras las sierras crecían delante de mí, una detrás de la otra, como obsesión infinita, diciéndome siempre: eres pequeño, estas solo frente a ti mismo, el único consuelo me lo daba la gracia de una flor, inocente como su rostro, al que ya no veré más…

SEÑORA REVILLA: General… el amor es tan poderoso que puede producir milagros, y tal vez ese traje negro se quede colgado ahí como una pesadilla… El abogado Gómez Luna ha ido a los pueblos vecinos a buscar un telégrafo…

ÁNGELES: No tengo esperanzas… Si al menos mi muerte sirviera de algo… con un hombre que se viera en mi sangre mi muerte no sería inútil…

SEÑORA REVILLA: Hay muchos años por venir. Muchos cruces de caminos. Muchos hombres por nacer, habrá alguno que busque sus huellas y las vuelva otra vez vivas en el tiempo.

Llaman a la puerta.

VOZ DE BAUTISTA: General…

ÁNGELES: Pase, Coronel Bautista.

Entra Bautista.

BAUTISTA*: (Sombrío).* Afuera está el Padre Valencia… *(Ángeles va a decir algo, pero la señora Revilla interviene).*

SEÑORA REVILLA: Yo lo mandé llamar. Sé que usted no es creyente, pero quizás pueda ayudarlo en algo.

ÁNGELES: (*Jovial, saliendo al encuentro del Padre)*. Pase, pase usted, padre.

Entra el Padre Valencia, afuera se perfila la luz del amanecer.

PADRE VALENCIA: La Señora Revilla me rogó…

ÁNGELES: Entre usted, padre, siéntese.

La Señora Revilla se pone de pie.

SEÑORA REVILLA: General, los dejo, estaré afuera esperando, esperando a ver si nos hacen el milagro… ¿Nos oirán padre?

PADRE VALENCIA: Hay alguien que nos oye siempre. *(La señora Revilla sale*).

ÁNGELES: Vaya usted con mi amiga, padre. Yo estoy tranquilo.

PADRE VALENCIA: Déjela sola. La salud en el hombre viene de saberse solo.

ÁNGELES: Todos estamos tan horriblemente solos…

PADRE VALENCIA: Dios está con nosotros.

ÁNGELES: No quisiera engañarlo, padre; no creo necesitar su ayuda. No me interprete mal, su presencia no me incomoda y podríamos conversar unos minutos. (*Mira la luz que se filtra*). Ya está amaneciendo… esta noche ha sido larga y extraña.

PADRE VALENCIA: A eso vine, general, a que la extrañeza que siente ahora al enfrentarse con su destino se convierta en comunión y muera reconciliado.

ÁNGELES: Estoy en paz, padre. Sé que como todos los hombres no estoy exento de errores y de crímenes… tal vez la misma vida es un error y solo la muerte es la perfección, porque ahí cesa el combate, el deseo, el fuego que nos consume. Esta noche me ha dado la extrañeza de la calma. Si dentro de unos minutos logro ser digno frente al paredón, conoceré por un instante la eternidad. Eso es todo lo que espero.

PADRE VALENCIA: General, ¿no teme usted el juicio de Dios?

ÁNGELES: No, no lo temo. Ese Dios vengador es el espejo de nuestro miedo. Yo no tengo miedo, si acaso…

PADRE VALENCIA: (*interrumpiendo)*. ¿Cómo puede negar a Dios en el límite de sus días? El orgullo lo ciega y lo lleva a juzgar a Dios con esas terribles palabras.

ÁNGELES: (*Riendo*). No lo niego, ni lo juzgo, padre. Rechazo esa imagen suya hecha a la medida de nuestras imperfecciones. Creo en la divinidad de la Creación, y creo que nuestra presencia aquí en la tierra tiene algún sentido. Todo está tan lleno de misterio: los astros, las plantas, el cielo, la muerte.

PADRE VALENCIA: Si esas preguntas las dirigiera usted a Dios, todo para usted se volvería claro y transparente como un manantial.

ÁNGELES: Para mí, padre, Dios es mi semejante, los árboles, los animales, usted, yo. Dios es lo que mueve la vida y la muerte. Dios es el orden, la justicia. Por eso fui revolucionario y muero siéndolo, porque quise y quiero que en este país haya un remedo de justicia. Y usted que pertenece a la Iglesia debería comprender que mientras la gente viva en Ya

abyección y en la injusticia, no podrá sino creer, en un Dios limitado, que la priva hasta de la dignidad de ser hombre. Y digo esto impulsado por la fraternidad.

PADRE VALENCIA: Lo sé, general, yo soy un cura pobre y amigo de los pobres. Pero no hable ahora de política. Esta vida es un sueño, lo espera la otra, la verdadera.

ÁNGELES: Nada sé de la otra vida. Si existe, debe ser un acuerdo milagroso con la creación.

PADRE VALENCIA: ¿No siente usted en esta celda la presencia de la vida y la muerte girando como dos cometas? La muerte es una nueva luz. Es la eternidad, la indecible presencia de Dios. Todas sus palabras, sus actos, sus pensamientos, desaparecen frente a este misterio. El tiempo que le queda, general, apenas le basta para deponer sus armas ante la verdad que va a descubrir.

ÁNGELES: Para mí el tiempo ya no corre. Y este diálogo es irreal. Las palabras avanzan en un espacio sin tiempo, sin sucesos, en la paz. Moriré tranquilo.

PADRE VALENCIA: Morirá usted ciego, a oscuras. Morirá usted como un animalito.

ÁNGELES: Padre, ¿no se da cuenta de que lo que necesito no es un sacerdote, sino alguien que me explique cómo un hombre que ama tanto la vida no tiene miedo de morir?

Se oyen pasos de soldados que marchan. Un clarín. Tambores.

ÁNGELES: *(Irguiéndose)*. Para mí, padre, ya llegó la verdad, la respuesta que todos buscamos.

PADRE VALENCIA: (*Conmovido)*. Dios lo perdone, hijo mío.

ÁNGELES: *(Alisándose los cabellos y tratando de poner en orden sus ropas viejas*). Estoy perdonado, padre. Todos estamos perdonados. Otro tiempo me espera, sin jueces, sin

premios, sin castigos. La salvación, el perdón, no están fuera sino dentro de nosotros mismos…

Los pasos avanzan, se detienen cerca, detrás de la puerta de la celda.

VOZ DE MANDO: (*Detrás de la puerta)*. ¡Altooo!

Se abre la puerta y entran la señora Revilla, la señora Seijas y la señora Galván. Inmediatamente después Bautista, que viene pálido.

ÁNGELES: (*Cuadrándose delante de él*). ¡A sus órdenes, coronel…! ¿Me permite que me despida? (*Ángeles abraza estrechamente a la señora Revilla*).

ÁNGELES: Para no prolongar estos minutos, este abrazo es para todos mis amigos.

BAUTISTA: General Ángeles, me abandonó, me condenó al crimen para siempre.

ÁNGELES: Coronel, como última gracia le pido que me conceda dar la orden de fuego.

Ángeles al ir a colocarse en el pelotón de soldados, pasa cerca del traje negro y le pasa una mano por encima.

ÁNGELES: Es igual morir en estas trazas… Voy a entrar en un orden diferente. (*El Padre Valencia hace la señal de la bendición).*

ÁNGELES: ¡Gracias, padre! (*Después de una pausa*). Estoy listo. (*Ángeles se coloca en el centro mismo del pelotón).*

ÁNGELES: ¡De frente! ¡Marchen!

Salen todos. Se oscurece la escena.

Fachada del Teatro de los Héroes. Sentadas en los escalones, las señoras Seijas, Revilla y Galván. Silencio. Ya amaneció. En lo alto de la escalinata aparece Bautista muy pálido.

BAUTISTA: Acaba de morir… Pueden ustedes recoger su cuerpo. Está allá, con los ojos abiertos, mirando lo que él quería ver: el cielo de los mexicanos… el último cielo… el cielo de los fusilados. (*Las señoras se levantan y suben las gradas*).

SEÑORA REVILLA: ¿En dónde está?

BAUTISTA: Atrás; en el patio.

SEÑORA REVILLA: Está en todos los patios.

Salen las señoras seguidas de Bautista. Hay un gran silencio en la escena vacía. De pronto, por la izquierda, entra el abogado Gómez Luna. Viene corriendo, con el cuello de la camisa abierto y la cara desvelada. Con la mano derecha agita un sobre azul. Sube la escalinata corriendo.

GÓMEZ LUNA: ¡General Ángeles! ¡General Ángeles! ¡Estamos salvados! ¡Llegó el amparo! ¡Llegó el amparo! (*Gómez Luna entra en el teatro silencioso, corriendo*).

VOZ DE GÓMEZ LUNA: (*Desde el interior del teatro)*. ¡Coronel Bautista! ¡Llegó el amparo!… ¡Llegó el amparo!…

TELÓN FINAL.